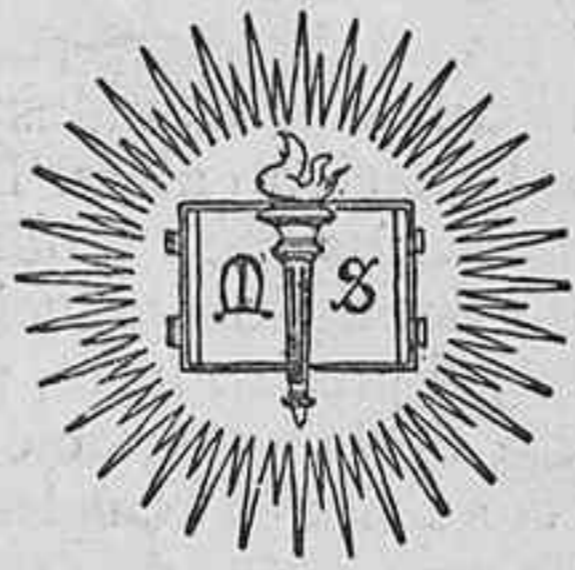


La Ilustración Artística



AÑO XXXI

BARCELONA 1.º DE JULIO DE 1912

NÚM. 1.592

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



CAMINO DE LA FUENTE, celebrado cuadro de Juan Francisco Millet
que figura en la colección van Randwijk, de La Haya

SUMARIO

Texto.—*Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Sueños y monedas*, cuento de E. Ramírez Angel. — *La procesión del Corpus en Lezo*. — *Bicentenario del nacimiento de J. J. Rousseau*. — *La fiesta de la naturaleza en Ermenonville*. — *Chélmford*. — *Inauguración de los nuevos talleres para telegrafía sin hilos de Marconi*. — *Maniobras de Sanidad Militar en Francia*. — *Barcelona. Homenaje a la memoria de Maragall*. — *D. Miguel Sánchez-Dalp*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. Cabalgata del Centro Regional Valenciano*. — *Valencia. El Centenario de Romeu*. — *París. La fiesta de las flores*. — *Libros enviados a esta redacción*.

Grabados.—*Camino de la fuente*, cuadro de Juan Francisco Millet. — *Dibujo de Carreres*, ilustración al cuento *Sueños y monedas*. — *Abandonadas*, cuadro de Constantino Fernández. — *Su último amigo*, cuadro al óleo del conde de Aguiar. — *La procesión del Corpus en Lezo*, cuadro de Elías Salaverría. — *Monumento a J. J. Rousseau en Ginebra*. — *Ermenonville. La fiesta de la naturaleza*. — *El ilustre inventor Marconi tomando te con los delegados de la Conferencia radiotelegráfica. Grupo de delegados*. — *La reconstrucción de Venecia*, «panneaux» decorativos de Pierretto Bianco. — *Italia, guardadora de los tesoros marítimos de Venecia*, cuadro de Héctor Titto. — *Maniobras de Sanidad Militar en Francia*. — *Homenaje a Maragall*. — *Restauración del Foro Boario de Roma*, obra de T. Anasagasti. — *D. Miguel Sánchez-Dalp*. — *Cabalgata del Centro Regional Valenciano*. — *Valencia. Centenario de Romeu*. — *París. La fiesta de las flores*. — *Moscú. Monumento al tsar Alejandro III*.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Chile: progreso económico y comercio exterior. — **República Argentina:** la producción agrícola y ganadera y la exportación: la gestión económica en el gobierno: la carestía de la vida. — **Paraguay, Perú y Ecuador:** la conquista del poder público y las convulsiones políticas: sus causas: el factor geográfico. — **México:** la anarquía presente y sus causas. — **República Dominicana:** las consecuencias del convenio financiero con los Estados Unidos: necesidad de inmigrantes.

La República de Chile, a pesar de las dificultades financieras, que se han salvado, y de la inestabilidad ministerial, a que varias veces me he referido en estas *Revistas*, continúa desarrollando su potencia económica.

De los datos que ha dado a conocer el cónsul de España en Valparaíso, resulta considerable aumento en el comercio exterior, aumento representado principalmente en la importación por las materias textiles y sus manufacturas y en la exportación por los productos minerales (salitre).

Es de notar la relativa poca importancia que tiene el comercio de Chile con los Estados Unidos. La Gran Bretaña y Alemania dominan los mercados chilenos. Está muy lejano el día, y tal vez nunca llegue, en que la industria yanqui se sobreponga en el Sur de América a las naciones manufactureras de la vieja Europa, no obstante la buena acogida que las repúblicas hispanoamericanas dispensan a la política panamericana iniciada y mantenida por los yanquis con fines preferentemente mercantiles.

El significado real y positivo de la fórmula monroísta es en nuestros días: «el comercio y los negocios de la América latina monopolizados por la Unión angloamericana del Norte.» Y esto sólo puede suceder en los países de la América Central y Antillas y en alguno que otro de la América del Sur, y aun en ellos sólo en cuanto no haya potencia europea o asiática que ofrezca a los americanos cambio de productos y buenos negocios financieros, mineros, de obras públicas, etc., en mejores o iguales condiciones que lo hacen los yanquis. El canal de Panamá, en que tantas esperanzas fundan éstos, habrá de favorecer el comercio europeo-americano en daño del de los Estados Unidos. Los productos europeos tendrán vía más corta para ir a venderse en los puertos del Pacífico.

* *

Hay en la Argentina cierta depresión en la vida económica, aunque pasajera, pues es consecuencia de la menor exportación en 1911 y de las circunstancias en que se da la actual cosecha, que por lluvias inoportunas resulta inferior a la que se esperaba.

En la exportación, que tuvo en dicho año un valor de 325.000.000 de pesos oro, ha habido, en efecto, con relación al año anterior, una baja de unos 48.000.000.

La enorme y creciente producción agrícola y ganadera de la República se compra y consume en casi todo el mundo. Más de 80.000.000 de pesos oro vale el trigo que se exportó en 1911, 34.000.000 el lino, 135.000.000 los ganados, carnes congeladas, cueros y otros productos de la ganadería. Para las siembras, para recoger cosechas, para transportarlas, para la cría y mejora de ganados, para todos los trabajos de las estancias y haciendas y las industrias

derivadas, ha habido y hay que invertir grandes capitales, que en parte se obtuvieron por medio del crédito público.

En un país que debe la importancia y el prestigio que tiene al extraordinario desarrollo de sus intereses materiales, la gestión económica ha de ser la principal labor de sus hombres de gobierno. Pudiera decirse que son éstos los directores, administradores o gerentes de una gran empresa industrial y mercantil constituida por la nación entera. Deben procurar que las deudas contraídas para producir se cubran con exceso con el valor de lo producido, y hay que hacer gran esfuerzo, si preciso fuere, para evitar que se consolide la baja de la exportación; si persiste y no se alteran las condiciones actuales de la producción, pueden venir muy malos días para la República Argentina.

Hecho digno de notarse y en el que deben fijar mucho su atención los gobernantes argentinos para ir poniendo remedio, es la limitación actual del trabajo agrícola, ganadero e industrial a determinados productos y labores. Se necesita ampliar el campo de la agricultura para poner coto a la carestía de ciertos artículos, como las frutas y verduras. En el mismo caso se hallan los productos de muchas industrias casi desconocidas en la República. Es menester también abrir caminos carreteros que faciliten los transportes, y establecer mercados y habilitar puertos para recibir en buenas condiciones de precio los artículos de mayor consumo, favorecer la libre concurrencia y abaratar los productos de primera necesidad, cuya carestía hace casi imposible la vida de las clases poco acomodadas en Buenos Aires y otras ciudades de la República.

* *

El coronel Jara, tipo de esos caudillos y dictadores que allá en la América se dedican a ganarse por la fuerza la banda de presidente o jefe de Estado, libró combate muy duro contra huestes del gobierno paraguayo, o de otro bando u otro caudillo, porque ya es difícil saber quién es gobierno en el Paraguay. El hecho es que Jara fué derrotado y herido, y murió pocos días después. Si se confirma la noticia, un elemento menos de discordia.

En el Perú, mucha excitación con motivo de las elecciones presidenciales. Del Ecuador, noticia de nuevas conspiraciones o tentativas de rebelión contra el gobierno de Leónidas Plaza. Parece que no obstante la pasada matanza de generales, quedan varios de éstos, y aun Alfaro entre ellos, dispuestos a que no se interrumpa la clásica política revolucionaria.

Y vuelvo sobre un hecho curioso que ya he tenido ocasión de apuntar en estas *Revistas*. En cuanto llegamos a ciertas latitudes, próximas a la línea ecuatorial, así en América como en todo el mundo, damos con pueblos mal constituidos o gobernados dentro del régimen de la civilización o con pueblos salvajes o bárbaros que difícilmente van aceptando la cultura moderna.

¿Cómo se vive política y socialmente en países tropicales de América? Dejemos la palabra a un americano, el director o uno de los redactores de *El Diario de El Salvador*.

«Los latinoamericanos, dice, consumen sus naturales energías en revoluciones o convulsiones, que serían grotescas si no fueran sangrientas. Somos homicidas. Nos devoramos los unos a los otros como está sucediendo en México, en el Ecuador, en Nicaragua, Honduras y Paraguay. Luchamos, nos despedazamos por la conquista del poder público. Por conseguir un destino, no se vacila en encender la guerra civil o doméstica. Se sale de una convulsión para entrar en otra. Ninguna, por supuesto, persigue un ideal nacional. Lo que se persigue son fines personales. Ambiciones, codicias, concupiscencias; he ahí toda la trama, toda la esencia de las convulsiones latinoamericanas... Si todas las energías de los hispanoamericanos que ahora se malgastan y consumen estérilmente en estúpidas guerras intestinas, se empleasen en educarlos para hacer de ellos ciudadanos aptos para la vida pública, y en adiestrarlos en las artes de la guerra para hacer de ellos soldados aptos para defender su país, ya se miraría mucho cualquier nación absorbente en imponer su voluntad... Claro está que aludimos a la América convulsiva, epiléptica, donde no hay más ideal que coger la presidencia de la república o la administración de su hacienda productiva. Por fortuna se va formando por medio de la educación, otra América culta, ordenada, progresiva, disciplinada, que todos los días crece en fuerza intelectual y en fuerza militar. Esa América la constituyen Brasil, Chile y la Argentina, que realizan esfuerzos tenaces y vigorosos

para darse, como se están dando, buenos ciudadanos y buenos soldados. Lo primero por la cultura física, y lo segundo por la cultura militar.»

Ahora bien, los hombres, la raza, son poco más o menos lo mismo en todos los pueblos de la América latina. Es la tierra, el clima, el medio físico lo que varía. Sobre la educación cívica, moral e intelectual hay que poner otro factor, el geográfico. Los pueblos de esa zona media del mundo, de esa faja que va por el centro de Africa, las islas de la Sonda, la Melanesia, la América Central y el Norte de la meridional son pueblos en los que, por circunstancias geográficas, el progreso humano se realiza con más lentitud que en las zonas templadas.

Siempre, en todo tiempo y ahora, el mayor grado de civilización, de poderío y de prosperidad material corresponde a las gentes que han vivido y viven al Norte y al Sur de la gran faja ecuatorial; las de Europa, los antiguos imperios del Asia y del Norte de Africa y los Estados Unidos del Norte de América; los Estados Unidos de la Australia, la Unión Sudafricana, Chile, la Argentina y el Brasil, en el que no sería difícil demostrar el contraste entre los Estados meridionales y los del valle del Amazonas.

* *

Bajo el gobierno de Porfirio Díaz pudo creerse que México se apartaba de la banda central e iba a encajar por completo en la zona de los grandes pueblos del Norte. Por su posición geográfica derecho tenía y tiene a ello; pero linda con mal vecino que hace cuanto puede para anular las ventajas que la geografía da al país mexicano.

La guerra civil continúa, a pesar de la escisión producida entre los revolucionarios. Están ya desavenidos el jefe civil Vázquez Gómez, y el jefe militar general Orozco. El primero se había proclamado en Ciudad Juárez presidente provisional de la República, de acuerdo con Orozco y otros caudillos; pero muy pronto surgió la discordia y Vázquez se retiró a los Estados Unidos en precipitada fuga.

Los Estados Unidos siguen siendo el amparo de todos los revolucionarios mexicanos; allí preparó Madero el golpe contra Díaz, y allí los jefes de la actual revolución conspiran contra Madero y buscan y encuentran cuantos elementos necesitan. Así la anarquía cunde y se ha llegado a la situación presente que el corresponsal en México de la Sociedad Geográfica de Madrid resume presentándola como consecuencia, en primer término, de la revolución, que abriendo la puerta a todos los instintos de rebeldía y bandolerismo sujetos por el anterior gobierno, ha vuelto a lanzar al campo a los elementos que toman la política como escudo para vivir del atropello y el pillaje; en segundo lugar, de la simpatía con que las clases medias miraron el acto de Madero y sus secuaces, demostrando con ello un total desconocimiento de las condiciones que caracterizan al pueblo mexicano; por último, de la simpatía y ayuda que esa revolución encontró en el gobierno y pueblo norteamericanos, sin las cuales jamás hubiera triunfado.

* *

Desde el asesinato del presidente Cáceres y bajo el gobierno del Sr. Victoria, nada anormal ocurre en la República Dominicana. Van ya bastantes meses sin revoluciones y los optimistas creen que éstas han terminado definitivamente como resultado del convenio financiero que se hizo en 1907 con la banca de Nueva York. Algo puede influir ciertamente el tal convenio en la paz y tranquilidad que disfruta el país, porque más derecho que antes tienen ahora los yanquis para intervenir en los asuntos dominicanos, y por consiguiente menos probabilidades de medrar los políticos que fían a la revolución su porvenir y su fortuna personal.

Como hay dinero disponible en Nueva York, se acometen obras públicas, y recientemente el Congreso Nacional autorizó al Poder Ejecutivo para retirar de la «Guáranty Trust Co.» de dicha ciudad, unos 2.000.000 de pesos destinados a la construcción de carreteras, puertos y faros.

Se quiere también dar impulso a la producción agrícola, mas para ello y para las obras citadas hacen falta braceros, y se trata de estimular la inmigración, prefiriendo la que proceda de España, no tan sólo por la afinidad de raza y excelentes condiciones de nuestros colonos, sino por ser nuestro país donde ahora hay más gente dispuesta a causa de los excesivos tributos que se pagan y el consiguiente malestar económico que se sufre en casi todas las provincias españolas.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

SUEÑOS Y MONEDAS, POR E. RAMÍREZ ANGEL, dibujo de Carreres



Pero Julieta, ya en la mísera habitación donde se hospedaban, aun reiteró sus acres lamentaciones

I

Concluída la fiesta, apagado el murmullo de la muchedumbre que iba alejándose, Julieta, junto a Federico y al viejo, examinó el pandero con ansiedad mal contenida.

Una sonrisa amarga arqueó sus labios. En el fondo del pandero había varias monedas de cobre. ¡Nada, como siempre!. Ni para mal comer en dos días.

—La gente no gusta ya de danzas ni canciones, murmuró mansamente el viejo. Preciso será, pues, según tenemos convenido, que al amanecer emprendamos la marcha.

—¿En busca de más pueblos?, preguntó la niña, toda trémula de angustia.

—En busca de más caridad, rectificó el viejo. ¿Qué te parece, Federico?

—Lo que usted disponga estará bien, abuelo. No hay que apurarse. Si en esta gran ciudad no fuimos afortunados, tal vez en otro pueblo Dios nos reserve mejor y más generosa acogida.

Pero Julieta, ya en la mísera habitación donde se hospedaban, aun reiteró sus acres lamentaciones, frente a la mansedumbre, jamás soliviantada, de Federico, su hermano.

—¿Qué rabia ser pobre!. ¿Hasta cuándo vamos a seguir de este modo? Mire allá, abuelo, al fondo, donde brillan tantas lucecitas... ¡Cuánta seda, cuánto lujo, cuánta gente que triunfa!.

—También habrá desgraciados como nosotros.

—¿Más aún?

—Infinitamente más. Píde al cielo que podamos llegar sanos a nuestra tierra. Y no te extravíes ambicionando. El dinero no da la felicidad; y aun meditando un poco, créome más bien que la espanta. Yo he bebido el agua clara de los arroyos en la palma de mi mano, agradecidamente, sin recordar que por esos mundos haya cuencos y vasijas más lujosas.

—La felicidad, agregó Federico, no es una cosa que se alcanza como una fruta por lo alto de una tapia, ni un animalillo indómito que se apresa con

un cepo. La felicidad, Julieta (y te lo tengo dicho muchas veces), es una flor que nos nace de dentro del alma, como si en el corazón alguien, supremamente bueno, hubiéranos labrado un jardín. Esa flor, que nace sola y en silencio, perfuma toda nuestra vida.

—Dices bien, prosiguió el viejo, y Julieta, cuando sea mayor, pensará de igual modo. Y ahora, si os parece, procuremos descansar, porque en cuanto apunte el día hemos de emprender la marcha.

Así lo hicieron los tres. Pero cuando Federico y el viejo terminaron de dormirse, Julieta abandonó la estancia para soñar un rato, bajo las estrellas, que era rica, muy rica...

II

La noche era de honda, inefable serenidad. Tibio el aire, oloroso a lluvia lejana; callada la ciudad con sus lejanas luces, prolongando la fantástica verbena sideral. «Allí» había palacios y lujos y tentaciones; todo aquello fastuoso que puede remover los sedimentos de un alma, ambiciosa y desvalida, de mujer.

Largamente suspiraba Julieta, a solas. Dormía Federico, su hermano mayor, resignado con su oficio de pequeño hércules —¡él, tan débil!—. Dormía también el abuelo, hombre siempre optimista, pró-digo desde que los nietos conocieron la orfandad, en afañes y dulzuras de padre. Sólo velaba ella, arrepentida un minuto de sus rebeldías, ante la miseria de sus vestidos y de su marcha de pueblo a pueblo.

Tocaba el viejo un viejo cornetín de feria: bailaba Julieta danzas lánguidas de su país, un país benigno, abocado al mar, a la falda del monte, bajo un verde derrumbamiento de pinos; manejaba dobles pesas formidables Federico, con saltos inverosímiles y piruetas airosas de acróbata. Así, mal durmiendo en la clásica *roulotte*, que era su templo y su casa, su asilo y su palacio, encaminábanse hacia el pueblo natal, después de un dilatado éxodo. Volvían pobres, como partieron...

¡Pobres!

De nuevo sintió Julieta los rubores de su fracaso. Era joven y bonita... Las grandes capitales, derramando su triunfante claridad sobre la noche, irradian esplendores infernales en que pueden abrasarse, como mariposillas, las almas jóvenes. Pero Julieta amaba con singular efusión a «su viejo» y a su hermano... Había, pues, que resignarse.

¿Hasta cuándo?

Seguían luciendo las estrellas, allá, en lo azul del cielo. Había pasado la media noche. Sintió un poco de frío y resolvió volverse hacia el lecho.

Pero, de pronto, en el camino, hubo de detenerse. Algo brillante, que yacía en el suelo, atrajo la atención de la muchacha. Bajóse a cogerlo, absorta por el hallazgo. ¿Era una estrella caída? Como tal relucía en la palma de su mano. Parecía un agujerito abierto de improvisó, por donde se entreviera un mundo dorado. Y temblorosa, pálida, clavada en el suelo, Julieta, viendo tan lindo presente, creyó que el caro sueño proseguía...

III

Hasta pocos días después no se resolvió a enterar a Federico. Fué al atardecer, mientras el caballejo pastaba en un pradecillo inmediato.

—Es una moneda de oro, afirmó el muchacho. ¿Qué piensas hacer con ella?

—Si puedo, guardarla, dijo ella simplemente.

—¿Guardarla? Podrías comprarte unos brazaletes y un vestido lujoso, de reina, como tú deseas hacer tanto tiempo...

—Pero quisiera mejor comprar una casita donde viviéramos los tres muy felices, como pasa en los cuentos de duendes y de pastorcitos...

—Chiquilla, ¿tanto iba a dar de sí la moneda?..

—¿De cuánto es?..

Miraron, detenidamente. Pero la moneda tenía una leyenda en idioma que ninguno de los dos hermanos supo descifrar.

Consultado el viejo, tampoco acertó a sacarles de su duda horrible, inexpresable.

—Por lo menos, terminó Julieta consolándose con su comentario, debe de valer bastante.

—Eso sí.

—Lo mejor sería cambiarla, ¿no te parece?.

Pero el viejo, prudente, se opuso.

—Mientras te sea posible, consérvala. Así llegarás a considerarte casi rica, ignorando cuánto podrían darte por ella. Un sueño valió siempre más que una moneda, por mucho oro que tenga. Cuando estemos en nuestro país romperás este encanto, si es que llegamos a él con salud.

IV

Mas la voluntad divina dispuso otra cosa. A las pocas semanas de camino, Federico, siempre animoso, se sintió enfermo. La fiebre le abrasaba.

Los humildes ahorros del viejo se invirtieron en medicinas. Federico las tomó con ansia, deseoso de curar pronto. De su salud dependía la paz de Julieta, niña casi, y el reposo del abuelo, ya para pocos trajines en este mundo. Intentó levantarse; pero no pudo. La extraña enfermedad no cedía.

Por las noches, mientras el paciente deliraba, Julieta, en la plaza de los pueblos, bailaba pensando en su hermano, a quien quería tan consecuentemente. Y el viejo arrancaba a su cornetín agrios aires sencillos demandando una limosna; limosna parca y cachazuda que no quería florecer, como una rosa de paz, en el fondo del panderero...

Como Federico no mejorase, Julieta, sin consultar con nadie, entró, una mañana en el pueblo, a cambiar la moneda de oro. ¡Adiós casita plácida; adiós ilusión resplandeciente en lo más hondo de un pecho y en lo más recatado de un bolsillo!.

V

El tendero, al ver la moneda y la traza de la chiquilla, se caló las gafas. Luego sonó dos o tres veces el áureo disco. Pero el pobre hombre se lo devolvió a Julieta, con aire receloso.

—¿Es falsa?, preguntó la muchacha.

—No lo sé. Parece una medalla.

—¡Si es oro!., afirmó Julieta.

—¡Bah, bah!., insistió el comerciante. ¡Oro en tus manos de pobre!.. ¿Dónde lo hallaste?

—Es de mi abuelo, señor...

—¿Y quién es tu abuelo?

La muchacha vaciló, confusa.

—Somos artistas, señor. Tengo muy enfermo a un hermano. Necesita medicinas... ¡Por caridad!

Dudando de la sinceridad de Julieta, el tendero no se dejó convencer.

—Si quieres, ve al platero de la esquina, que entiende de moneda. Aquí, en este pueblo, el oro no se conoce.

Marchóse apesadumbrada a donde le indicaron. Y en el platero no sólo halló una maliciosa reserva, sino que con sus miradas salaces hizo presentir a la muchacha mayores peligros.

—Oro, ¿eh?, decía el hombre mirándola detenidamente. Bonita y joven eres para tenerlo a montones...

Julieta huyó, llorando.

VI

En otros pueblos el calvario continuó, duro y lento con la pobre muchacha. Federico no mejoraba; cierta autoridad rural, compadecida, trató de alojarle

en un hospital. Pero Federico se negó, temeroso de separarse de los suyos.

Faltábales poco para llegar al pueblo natal, al rinconcito de tierra amada donde el viejo quería repo-

oro, sospechaba si la vagabunda la habría robado. Por una u otra causa, ello es que Julieta, después de no pocas tentativas y amarguras, veía en su mano la reluciente moneda, tan linda, tan tentadora, inútil para curar a un enfermo; desconocido su valor por casi todos aquellos pobretones que soñarían, seguramente, con la riqueza, sin saber a punto fijo qué es, ni qué suave color dorado tiene...

VII

Por una dichosa coincidencia, Federico pudo abandonar el camastro cuando entraban los caminantes en el pueblo límite de la jornada. El aire rumoroso de los pinos, la vivificante fragancia del mar; tal vez el azul amado e inconfundible del cielo que se vió al nacer, aliviaron considerablemente al acrobata, rendido y casi agonizante días atrás.

Entonces Julieta respiró con gozo nunca sentido. A punto había estado de enfermar también, abrumada por las zozobras que la salud de su hermano y la moneda de oro — tan mal avenidas — hubieron de acarrearla.

Ya tranquilos, en la aldea, bajo la infinita paz de la tarde, Julieta se resolvió a confesar sus pasadas desventuras con la moneda.

—Creo que es de oro... terminó; pero no me ha servido para nada...

—¿Lo ves? Hasta pudo servir para hacerte infeliz. Ella tuvo una resolución insólita. Alzóse, hacia el mar.

—¿Qué vas a hacer?

—Tirar la moneda.

Federico sonrió dulcemente.

—No, querida. Guárdala. Aquí, en el pueblo, trabajaremos. Algún día te compraré un collar y la pondrás en él, Sea o no de oro, importa poco. Como dice el abuelo, un sueño vale más que una moneda. Ésos, ésos sí que son de oro siempre...

Y Julieta, conmovida, no supo qué frágil palabra balbucir.

LA PROCESIÓN DEL CORPUS EN LEZO, CUADRO DE ELÍAS SALAVERRÍA

Uno de los cuadros que más llamaron la atención, desde el primer día, en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid fué el de Elías Salaverría titulado *La procesión del Corpus en Lezo*, que en la siguiente página reproducimos. Como uno de los más sobresalientes del certamen lo consideró la crítica, y el público, de acuerdo con ésta, le prodigó los más entusiastas elogios; y el Jurado, confirmando este fallo unánime de críticos y aficionados, le otorgó una primera medalla.

Y en verdad que basta ver la obra para comprender la justicia de esta recompensa y de aquellas alabanzas. La escena que el cuadro representa es una nota arrancada de la realidad; el pintor la ha sentido intensamente y ha sabido trasladarla al lienzo conservando todo el vigor del natural. Los tipos están concienzudamente estudiados y algunas de sus cabezas son verdaderamente magistrales por su expresión, por la firmeza de su dibujo y colorido, por la fuerza de vida que en ellas palpita.

Elías Salaverría es discípulo del ilustre pintor Sr. Menéndez Pidal y ha sido premiado en varias exposiciones: en la Nacional de 1904 obtuvo una mención honorífica; en las de 1906 y 1908 alcanzó terceras medallas, e igual distinción le fué otorgada en la universal que en 1910 se celebró en Buenos Aires.



Abandonadas, cuadro de Constantino Fernández (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1912.)

sar, donde los huérfanos hallarían socorro y consuelo. Y la carreta andaba, andaba...

Cuando Julieta entraba, tímida, a que le cambiaran en algún mísero villorrio la moneda, los campe-



Su último amigo,

cuadro al óleo original del conde de Aguiar

sinos, ante su escudo incognoscible y su leyenda en idioma extraño, no se atrevían a dar por ella un puñado de cobre. Alguien, comprobando que era de



LA PROCESIÓN DEL CORPUS EN LEZO, cuadro de Elías Salaverría, premiado con primera medalla.

BICENTENARIO DEL NACIMIENTO DE J. J. ROUSSEAU.—LA FIESTA DE LA NATURALEZA EN ERMENONVILLE

La primera de las fiestas celebradas con motivo del bicentenario del nacimiento del filósofo ginebrino Juan Jacobo Rousseau, se ha efectuado en Ermenonville, linda población situada a 50 kilómetros de París, en la misma hermosa finca en donde murió aquél en 1778 y en la cual descansaron sus restos hasta que en 1794, fueron trasladados al Panteón de París.

Dicha finca, que, en el tiempo en que vivió en ella Rousseau, pertenecía al marqués de Girardin, es actualmente propiedad del príncipe de Radzivil, quien ha organizado la fiesta mencionada, que ha sido una verdadera fiesta de la naturaleza.

El teatro había sido dispuesto en uno de los boscecillos del parque, cerca del lago en donde está la isla de los Sauces, en que fué enterrado Rousseau.

La fiesta comenzó recitando la celebrada actriz del Odeón, Eugenia Nau, un poema de Fabre des Essarts. Siguió luego la representación de un apropósito en un acto, original de Julio Princet, que interpretaron admirablemente la citada actriz y el actor Pablo Schultz, quienes desempeñaron los papeles de madama de Epinay y de Rousseau respectivamente.

A continuación la famosa actriz clavicinista Wanda Landowska tocó en el clavecino tres piezas de Rameau, con ese sentimiento, esa sensibilidad y esa voluptuosidad musicales que caracterizan a tan notable como original artista.

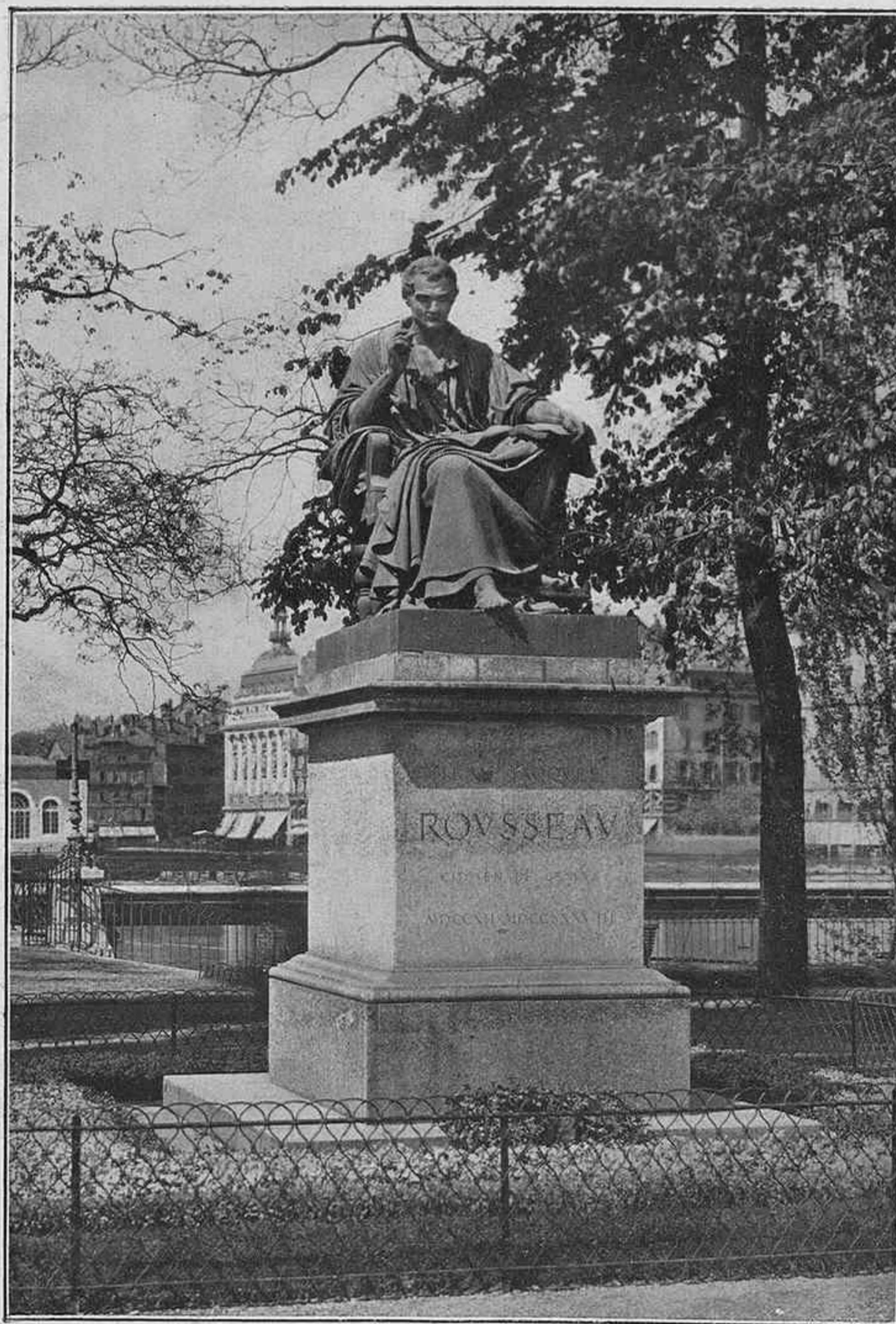
Terminó el espectáculo con la ópera en un acto, letra y música de Rousseau, *El adivino de la aldea*. Esta obra fué estrenada en Fontainebleau, en 18 de octubre de 1752, en presencia del rey Luis XV, y cantada en 1.º de marzo de 1753 en la Academia Real de Música, obteniendo en ambas ocasiones un gran éxito.

La representación de *El adivino de la aldea* en Ermenonville corrió a cargo de la señora Nelly Martyl y de los Sres. Creuzet y Dupré, los tres de la Opera Cómica, y en ella tomaron también parte la orquesta de este teatro y el cuerpo de baile de la Opera. La ejecución fué admirable y produjo, en aquel teatro de la naturaleza, un efecto maravilloso.

La fiesta tan perfectamente organizada por el príncipe Radzivil dejó complacidos a los dos mil

tes acordes, el oído menos ejercitado distinguirá una voz profunda, la del ardoroso músico que, antes que nadie, supo desencadenar el torrente de esta armoniosa sinfonía »

Concluída la ceremonia, los que habían concurrido a ésta se dirigieron a la quinta del príncipe, en donde se los obsequió con un almuerzo y en donde, por la tarde, se celebró la fiesta que hemos descrito.—S.



Monumento a Juan Jacobo Rousseau en Ginebra
(De fotografía de F. H. Jullien, de Ginebra.)

invitados que a ella concurrieron y que no cesaron de aplaudir calurosamente a todos los que intervinieron en la misma.

En la mañana de aquel mismo día, habíase efectuado también en Ermenonville la ceremonia de la inauguración del monumento allí erigido a la memoria de Rousseau, bajo la presidencia del Sr. Berard, subsecretario de Estado en las Bellas Artes y con asistencia del alcalde de la población, que lo es el príncipe Radzivil, de los señores Goyet, secretario general de la prefectura del Oise, Chopinet, diputado por el departamento, el Ayuntamiento en pleno y otras muchas y distinguidas personalidades.

Llegada la comitiva oficial al sitio en donde el monumento se levanta, el señor Chopinet hizo entrega de éste a la municipalidad, pronunciando un elocuente discurso en el que hizo constar que Rousseau, aunque suizo de origen, supo difundir en el extranjero la supremacía del espíritu francés. Contestóle el príncipe Radzivil dando las gracias a la comisión erectora del monumento y al Sr. Berard por haberse dignado presidir el acto y diciendo, entre otras cosas, que era menester realizar el ideal de Rousseau que nos invita a vivir sin ambición en un horizonte ampliamente abierto.

Puso término a los discursos el señor Berard, quien, después de señalar la gran influencia social por el filósofo ejercida y el inmenso alcance de la obra por el realizada, pronunció el siguiente párrafo:

« Desde aquella época, las encinas han susurrado bajo el soplo de Víctor Hugo; las ondas del lago han murmurado con los himnos de Lamartine; los sauces y los pobos han dejado oír sus gemidos en las apasionadas noches de Musset; pero al través de estos ardién-



La fiesta de la naturaleza en Ermenonville.—La señorita Nelly Martyl representando una escena de *El adivino de la aldea*, ópera en un acto, de Rousseau.—Una escena de *El adivino de la aldea*.—La actriz Eugenia Nau y el actor Pablo Schultz en una escena de *El hombre de la naturaleza*, de Julio Princet. (Fots. Harlingue y Central Photos.)

CHÉLMSFORD (INGLATERRA) — INAUGURACIÓN DE LOS NUEVOS TALLERES PARA TELEGRAFÍA SIN HILOS, DE MARCONI

En Londres se ha efectuado, durante el pasado junio, una Conferencia radiográfica internacional, en la que se han discutido importantes proposiciones presentadas por los diferentes Estados adheridos al convenio radiotelegráfico, proponiendo algunas modificaciones al mismo, inspiradas en lo que la práctica ha enseñado en estos últimos años en materia de telegrafía sin hilos.

A dicha conferencia han asistido delegados de todas partes del mundo, en número de 500.

Uno de los actos realizados por los congresistas ha sido la visita a los nuevos talleres que Marconi ha construído en Chélmshford, población del condado de Essex situada cerca de Londres. Estos talleres son grandiosos y han sido terminados recientemente. Los visitantes inspeccionaron con minuciosidad todos los departamentos admirando los trabajos que en ellos se efectúan.

La creación de estos talleres responde a los inmensos progresos realizados en poco tiempo en la telegrafía sin hilos, progresos que cualquiera puede apreciar recordando que en las primeras pruebas realizadas por Guillermo Marconi la

comunicación apenas alcanzaba una distancia de unas pocas millas y hoy salva al través del aire, de

En cuanto al estado actual y al porvenir del maravilloso invento, oigamos al propio Marconi, quien, en el discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid, durante su reciente visita a la corte, dijo entre otras cosas:

«En conclusión; no creo pecar de temerario al decir que la telegrafía sin hilos tiende a revolucionar nuestros medios de comunicar de un sitio a otro sobre la superficie de la tierra. Por ejemplo, desde 1.º de mayo de 1910 a fin de abril de 1911 fueron recibidos y transmitidos entre Clifden y Glace Bay despachos que dieron un total de 812.000 palabras. Su importancia, desde los puntos de vista comercial, naval y militar, ha crecido grandemente en los últimos años por consecuencia de las innumerables estaciones erigidas o en vías de construcción en varias costas, en el interior de los países y a bordo de los buques en todas las partes del mundo. Y a pesar de esta multiplicidad de estaciones y de su funcionamiento casi constante, puedo decir, por experiencia propia, que la mutua interferencia entre los aparatos debidamente

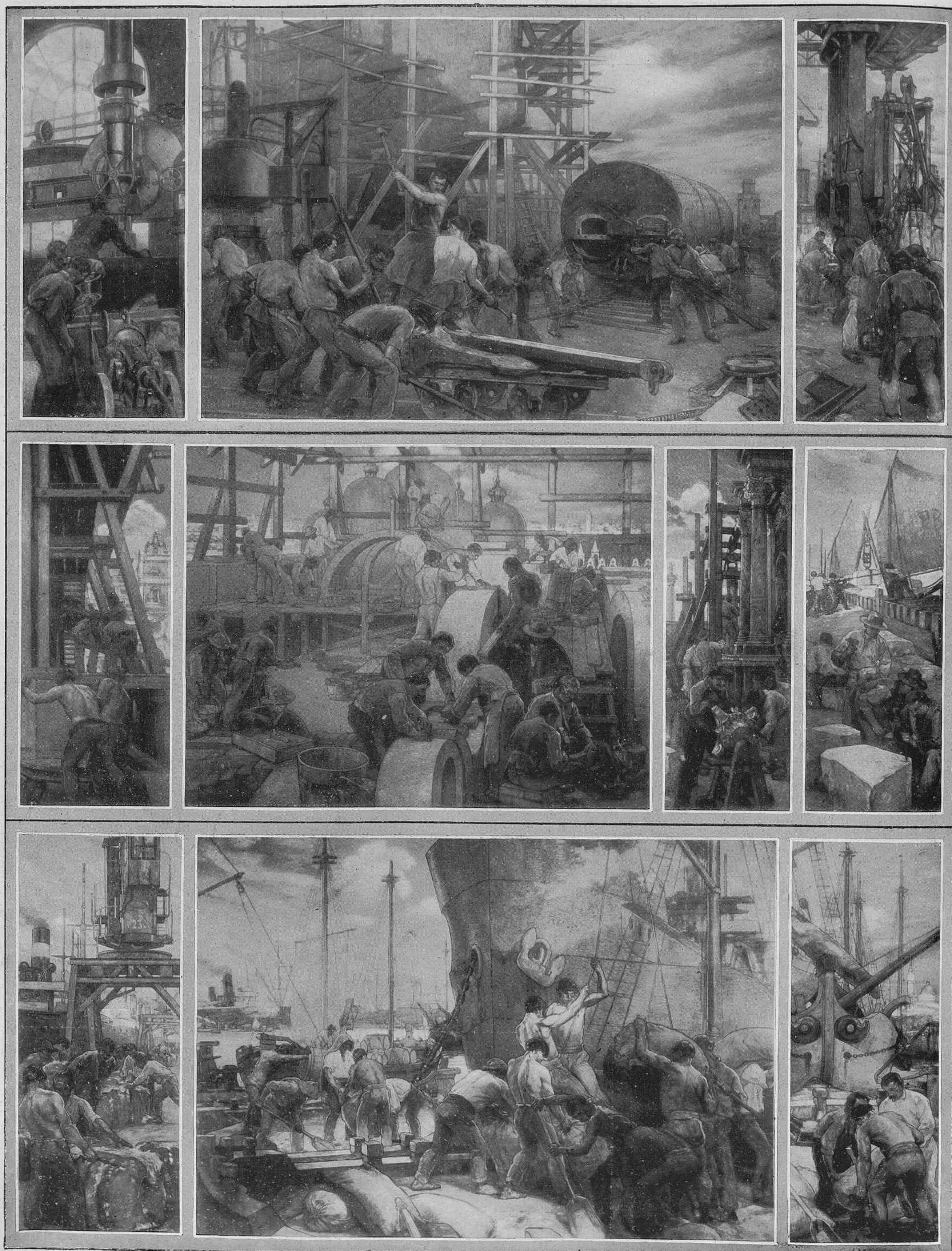
equipados y sintonizados, ha quedado casi enteramente eliminada.»



El ilustre inventor Marconi tomando el té con algunos de los más distinguidos delegados de la Conferencia radiotelegráfica internacional después de la visita que éstos hicieron a sus nuevos talleres. (De fotografía de Underwood y Underwood.)



Grupo de delegados de la Conferencia que visitaron los nuevos talleres de Marconi. (De fotografía de Underwood y Underwood.)



LA RECONSTRUCCIÓN DE VENECIA, «panneaux» decorativos de Pierretto Bianco

El joven pintor veneciano Pierretto Bianco ha querido describir y exaltar la actividad de Venecia, así en lo que se refiere a la restauración de monumentos antiguos, como en cuanto se relaciona con la febril vida moderna. Los tres *panneaux* que reproducimos representan una fundición, la reconstrucción del campanile de San Marcos y el Arsenal de Venecia



ITALIA, GUARDADORA DE LOS TESOROS MARÍTIMOS DE VENEZIA, cuadro de Héctor Titto

En esta alegoría, de estilo clásico, el celebrado pintor Héctor Titto nos presenta a Italia, personificada en una arrogante matrona, tomando bajo su custodia y defensa los tesoros marinos de Venecia. A sus pies, un grupo de ninfas y de genios del mar apercíbese a luchar contra cualquiera que pretenda arrebatarse esos tesoros a la Perla del Adriático



Maniobras del servicio de Sanidad militar en la región Este de París.—Perro descubriendo un herido y dando aviso del hallazgo por medio de un pañuelo que ha sacado del bolsillo del soldado. (De fotografía de M. Rol.)

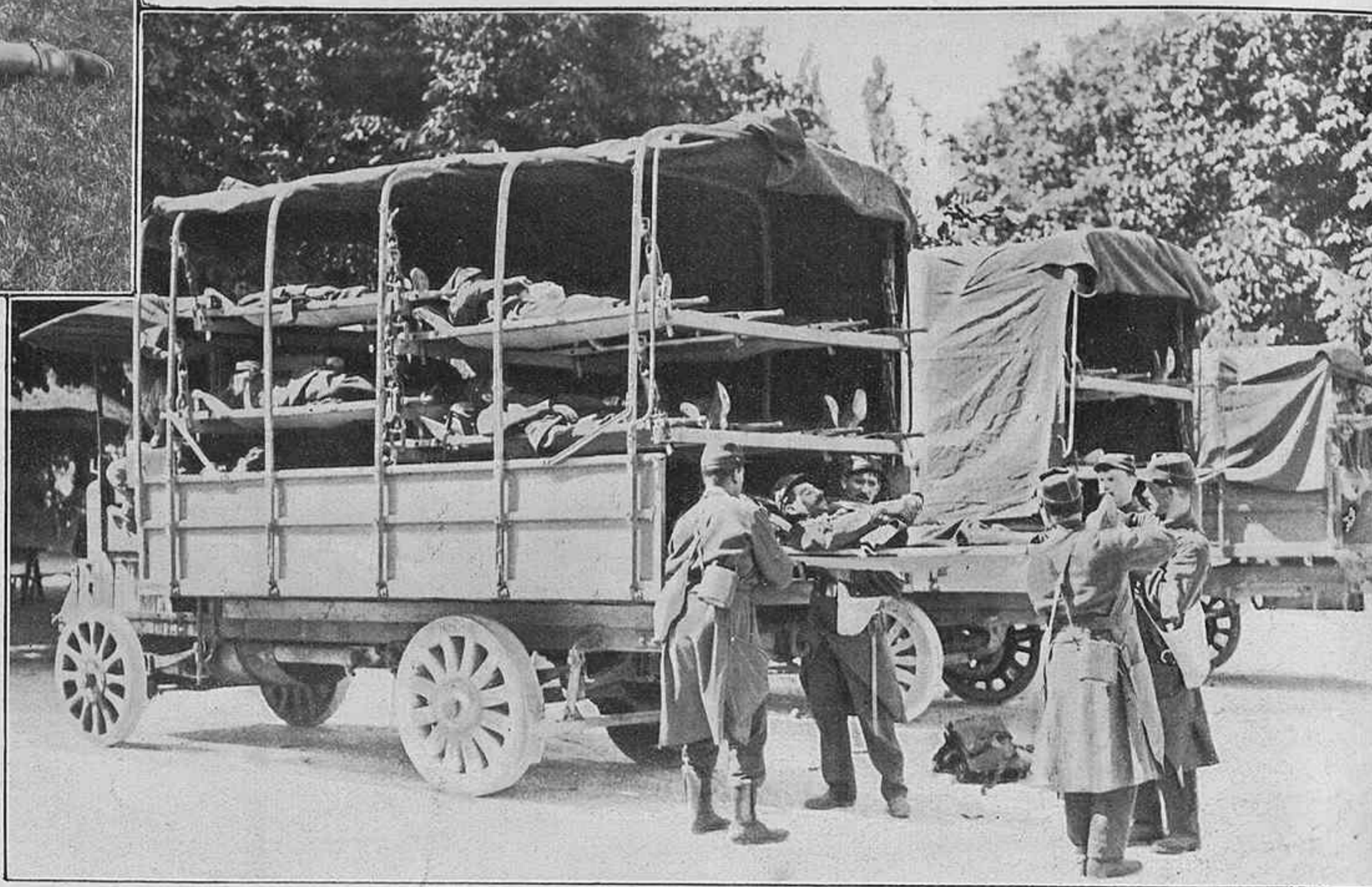
MANIOBRAS DEL SERVICIO

DE SANIDAD MILITAR EN FRANCIA

En la región Este de París se han efectuado recientemente interesantes maniobras del servicio sanitario militar francés. En el curso de las mismas, se han hecho pruebas de un carromato para el transporte de heridos y de una sala de operaciones automóvil, y se han practicado ejercicios con perros especialmente adiestrados; y así éstos como aquéllas han dado los resultados más satisfactorios.

El carromato para la conducción de heridos está hábilmente dispuesto, según puede verse en el grabado adjunto, y llena perfectamente el objeto de que el transporte se realice en las mejores condiciones posibles, evitando a los infelices que han de ocuparlo todas las molestias.

La sala de operaciones automóvil permitirá salvar a un gran número de heridos en caso de guerra. En efecto, según



Carromato dispuesto para el traslado de los heridos. (De fotografía de Central Photos.)

Concluyentes han sido también los experimentos realizados con los perros afectos al servicio sanitario militar. El instinto de esos animales ha sido utilizado especialmente para la busca de los heridos que, por cualquier circunstancia, quedan abandonados en el campo de batalla. Los perros sanitarios, que llevan como distintivo una venda con la cruz roja atada al pecho, descubren al herido y avisan su hallazgo agitando en el aire el pañuelo que sacan del bolsillo de aquél.

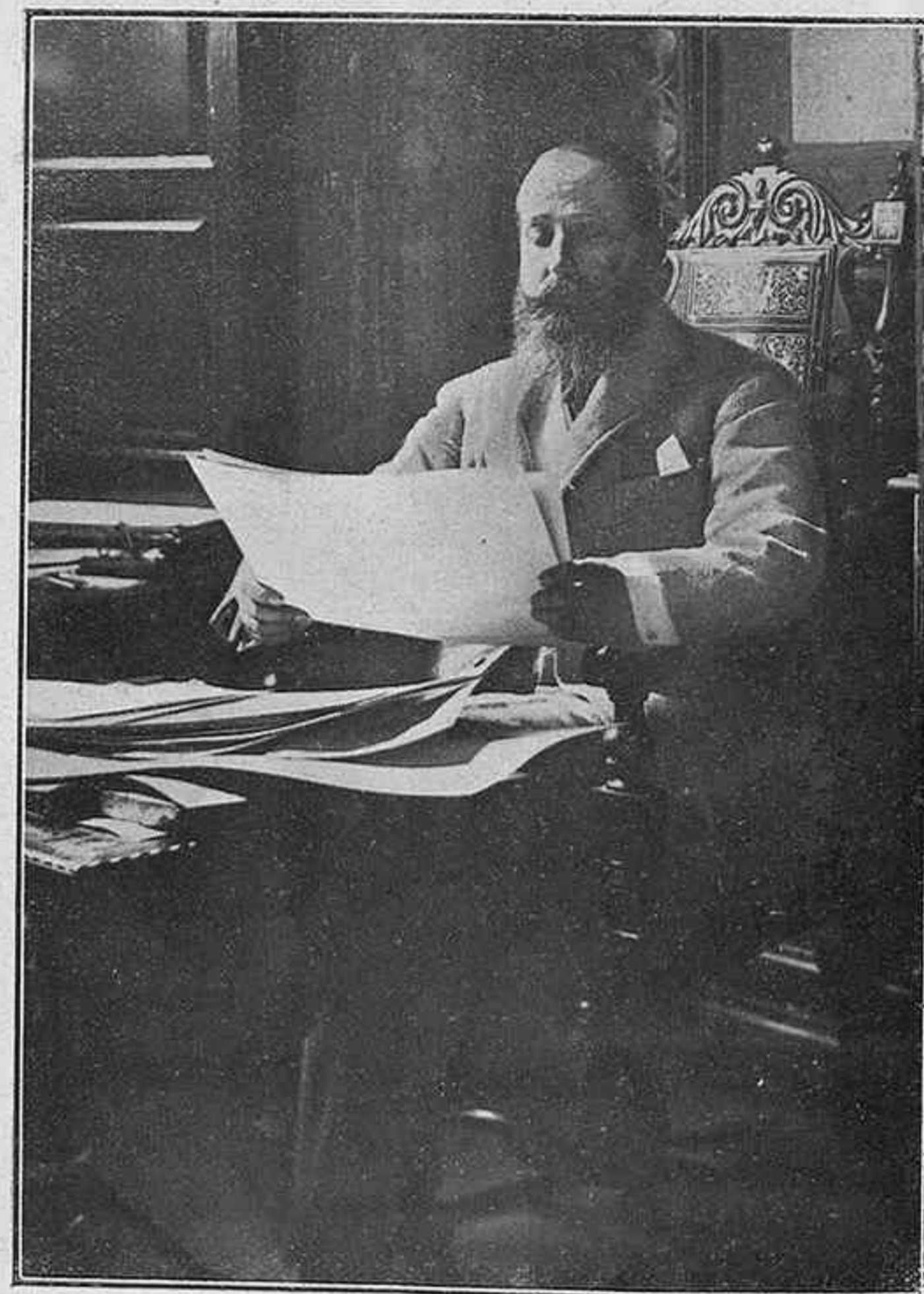
BARCELONA

HOMENAJE A LA MEMORIA DE MARAGALL

En el Salón de Ciento de nuestras Casas Consistoriales efectuóse el día 27 del pasado junio la ceremonia de entregar a la familia de Maragall y al Ayuntamiento las medallas que dedicadas a la memoria del insigne vate ha hecho acuñar el Ateneo Barcelonés. Asistieron al acto la viuda, los hijos y un hermano político de Maragall, el alcalde y muchos concejales y la Junta directiva del Ateneo. El presidente de éste, después de dar cuenta del acuerdo de la corporación por él presidida, hizo entrega de las medallas, dos de plata y una de cobre, destinadas las dos primeras a la familia del poeta y al Archivo municipal y la tercera al Ateneo Barcelonés. El alcalde recibió con orgullo el presente en nombre de Barcelona y ensalzó la memoria de Maragall.

miento la hace acreedora, ha concebido un plan grandioso que ha consignado en un magnífico proyecto y en una interesante memoria.

No disponemos de espacio para explicar este plan minuciosamente; por esto nos limitaremos a decir que según el



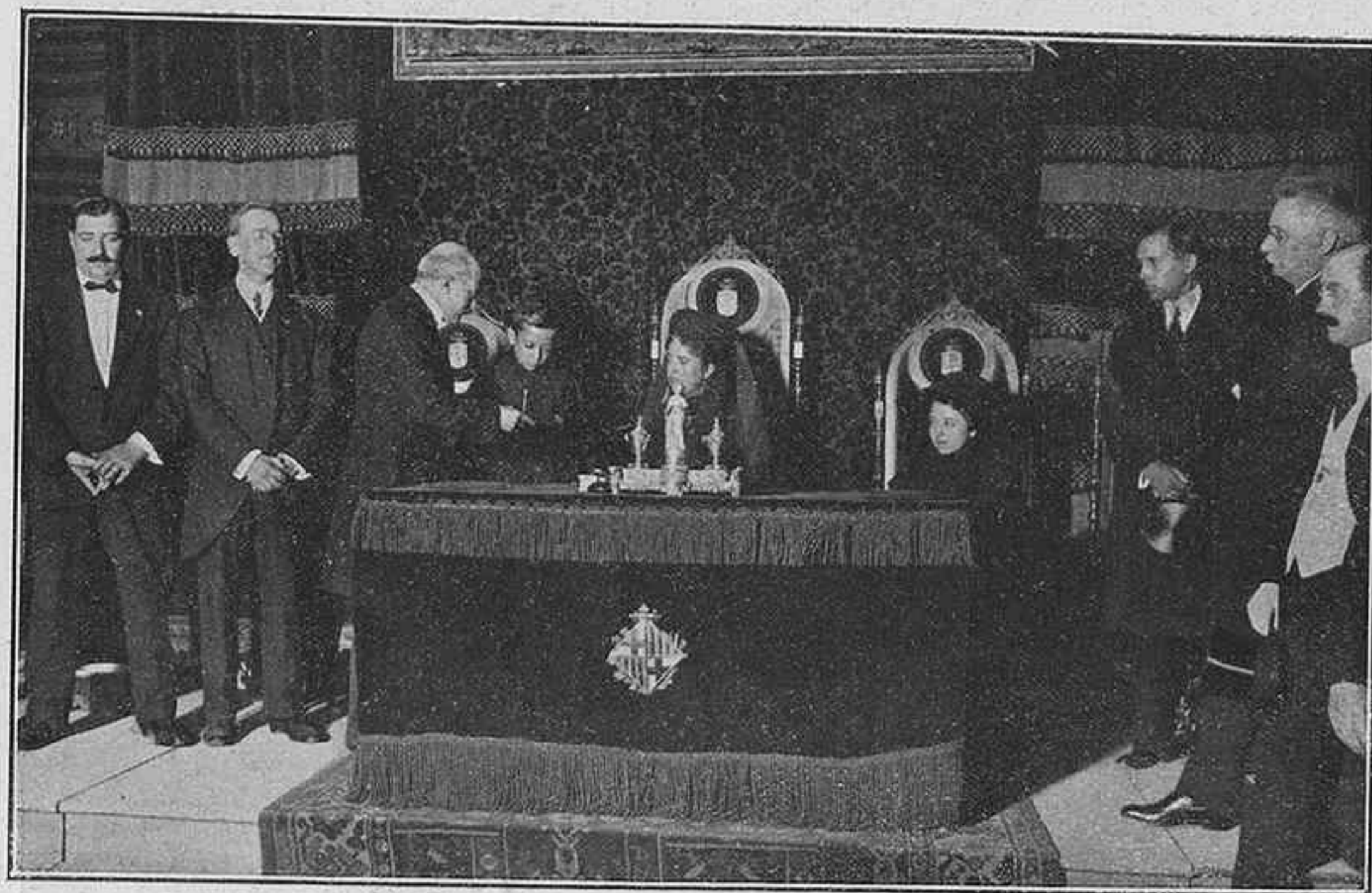
D. Miguel Sánchez-Dalp, arqueólogo y escultor sevillano, autor de un plan general de reformas de Sevilla. (De fotografía de Dubois.)

mismo, alrededor de la actual urbe se traza la urbanización exterior, formándose con los nuevos anexos Sevilla-Triana, Sevilla-Hipódromo, Sevilla San Sebastián, Sevilla San Bernardo y Sevilla-Macarena una población capaz para quinientas mil almas con todos los servicios correspondientes.

Con este plan, la ciudad actual sufre aquellas modificaciones o ensanches que las necesidades de la vida moderna exigen a las grandes urbes; pero nada de cuanto constituye el tesoro artístico, arqueológico y tradicional sufrirá menoscabo, cosa que aplauden todos al Sr. Sánchez-Dalp, reconociendo su propósito de conservar el encanto de Sevilla que atrae, con el imán poderoso de su singular fisonomía, grandes caravanas de propios y extraños en peregrinación constante hacia la Meca de la alegría y de los ensueños.

Para el primer trozo de ejecución da resuelto tan importante asunto, proponiendo la emisión de un empréstito de doce millones quinientas mil pesetas con la garantía de unos veinte y cinco millones que valen algunos solares edificables pertenecientes al municipio. El Estado cooperará a las obras.

El proyecto del Sr. Sánchez-Dalp reúne todas las cualidades de una obra perfecta.



Barcelona.—Homenaje a Maragall. Acto de la entrega de las medallas dedicadas a la memoria del insigne poeta que se efectuó en el Salón de Ciento de las Casas Consistoriales. (Fot. de nuestro reportero Merletti.)

las estadísticas de la última guerra ruso-japonesa, la mortalidad producida por las heridas graves alcanza la proporción del 90 por 100 a causa de la insuficiencia de medios operativos rápidos; pues bien, con esta sala de operaciones automóvil esta mortalidad podría disminuirse en dos terceras partes, ya que las operaciones podrían efectuarse sin pérdida de

dente de éste, después de dar cuenta del acuerdo de la corporación por él presidida, hizo entrega de las medallas, dos de plata y una de cobre, destinadas las dos primeras a la familia del poeta y al Archivo municipal y la tercera al Ateneo Barcelonés. El alcalde recibió con orgullo el presente en nombre de Barcelona y ensalzó la memoria de Maragall.



Restauración del Foro Boario de Roma, obra de Teodoro Anasagasti, quien ha sido premiado con propuesta para condecoración en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Geneveva fué la primera en hablar, después de haber secado sus lágrimas y las de su hermano

Y Ludovico, después de haberse desembarazado de Pontarede, a quien ya no necesitaba, resumía, mientras el coche le llevaba a la calle de Moscú, la situación en estos términos:

—Esos diez mil francos se encontrarán o no, que esto es cosa del vizconde; pero por este medio pongo en contacto a éste con el peligroso caballerito. Y como el vizconde no espera más que el momento y la ocasión de tener a ese muchacho entre sus garras, para saber lo que se trama, ahora, que la ocasión ha llegado, podrá manejarlo a su antojo, y si le estorba... ¡Bah!; pensó acompañando su pensamiento con un gesto de indiferencia cínica, si le estorba

se desembarazará de él, como ya ha dicho. Y siendo el vizconde quien se encargará de ello, yo no seré más que un mero espectador.

En esto, llegó a la calle de Moscú, pagó al cochero y de cuatro en cuatro subió los escalones de la escalera de la casa de Francina.

—¿Está el vizconde?, preguntó a María, que le abrió la puerta.

—Sí, con la señora y el Sr. Madeleur.

Y entró precipitadamente en la habitación en donde sus cómplices le esperaban.

—¿Qué hay?, preguntáronle los tres a una.

—El pez ha mordido el anzuelo.

—Lo cual quiere decir...

—Que Enrique de Lorgerac busca en este momento quien le preste diez mil francos que necesita.

—Lo cual nos tiene sin cuidado, dijo Madeleur.

—¿Y usted, señor vizconde, es de esta misma opinión?

—Siga usted, siga usted, contestó Delorme, que aguardaba impaciente la continuación del relato.

—Diez mil francos que necesita para hacer un viaje; y un viaje a México, añadió con un tono irónico dirigiéndose a Madeleur.

—¡Diantre!, exclamó éste.

—Parece que ahora no le tiene ya sin cuidado.

—¡Quiere ir a América!, dijo Delorme frunciendo el entrecejo. Ese muchacho va haciéndose demasiado emprendedor.

—Pero le faltan los diez mil francos necesarios para el viaje.

—Supongo que no se los facilitaremos nosotros, dijo Madeleur soltando la carcajada.

—Sin embargo, a nosotros los pedirá.

—¡Cómo!, exclamó Delorme con sobresalto.

—Y creo que estará usted satisfecho del modo como he operado.

—¡Veamos, veamos! Estoy en ascuas.

—Pues verá usted. El muchacho pedía informes de algún prestamista y entonces yo, cogiéndole por la palabra le he dicho: «Conozco uno; si tiene en este momento esa cantidad a su disposición, lo que es muy probable pero no del todo seguro...» Así preparaba mi retirada para el caso de que usted encontrase en el negocio algún inconveniente...

—¿Y qué más?

—«Si mi hombre tiene el dinero, he añadido, mañana enviaré a usted su nombre y sus señas y le indicaré la hora en que podrá encontrarle.»

—¡Bravo!

—¿Cómo? ¿Quieres prestarle esos diez mil francos?, dijo Madeleur en el colmo de la estupefacción.

—¡Cállate, imbécil! Ludovico ha hecho una obra maestra.

—Y me ha dado su tarjeta y las gracias. Conque si usted quiere verle, le mando mañana un billete y una hora después le verá usted comparecer en el sitio que se le indique.

—¿Comprendes ahora, viejo chocho?, exclamó Delorme paseándose a grandes pasos por el cuarto de Francina. ¿Comprendes que Ludovico ha trabajado magistralmente? ¡Vaya si le enviaremos el billete indicándole el prestamista!

—¿Y los diez mil francos?..., preguntó Madeleur.

—Si no espera más que nosotros le prestamos, puede esperar sentado.

—En este caso irá a buscarlos a otra parte.

—¡Pero ese pobre hombre no está ya a la altura! ¿No ves, mentecato, que Ludovico nos ha encontrado la manera de saber lo que ese joven se propone y al mismo tiempo el medio que yo buscaba de hacer intervenir al padre?

—¿A Lorgerac?

—¡Es claro! No olvidéis que si el joven es nuestro adversario más peligroso, el padre es nuestro mejor aliado. Se trata de su reputación de hombre honrado, que le interesa y que necesita; y se trata también de su dinero que me figuro que le importa tanto como su buen nombre. Todo esto tiene él que defenderlo y lo defenderá con las uñas y con los dientes contra los caprichos de su señor hijo... ¡Bravo, Ludovico! Cuando ajustemos la cuenta final tendré en consideración ese buen servicio de usted.

Y pasando ya a los medios de ejecución del plan que acababa de esbozar, dijo:

—Ahora hay que preparar la comedia.

—¿Quién será el prestamista?

—Tú no, Madeleur; no tienes tipo de esto, parecen un joven avejentado.

—¡Caball!, exclamó Francina riendo.

—No veo el parecido, gruñó Madeleur amoscado.

—Tampoco puedo ser yo el prestamista, siguió diciendo Delorme; no tengo el local necesario, el despacho típico. Porque es preciso que hagamos las cosas bien y que durante los dos o tres días en que le haremos impacientar el muchacho no desconfíe... Necesitamos un hombre mugriento, de cierta edad, con sus carpetas y legajos de papeles a quien se haga creer que el negocio es posible y que, por consiguiente, trabaje sin pedir grandes explicaciones.

—Yo proponería uno, pero temo que vuelvas a llamarme imbécil, dijo Madeleur.

—Venga su nombre: después ya veremos.

—Pues bien, Pastouret.

—¿El amigo de la comadrona?

—El mismo, que ya ha intervenido en asuntos de la mexicana, y que tiene el tipo a propósito.

—Ciertamente no estaría mal.

—Además, añadió el croupier halagado por aquella reparación; Pastouret no pediría más explicaciones que las que se le quisiera dar, con tal que se le ofreciese una comisión.

—Tanto más cuanto que lo que se le puede explicar es muy sencillo. Puesto que no me conoce, tú le hablas de mí como de un capitalista que no quiere dar la cara en negocios de esta índole y que, al igual que tantos otros, desea proceder por medio de un intermediario.

—Le diré que él figurará ser el prestamista.

—Y le dirás, ya que ello a nada te compromete, que cuando llegue el momento oportuno yo le entregaré los fondos y él no tendrá que hacer más que

darme el pagaré. Pero le añadirás que deseo estar presente cuando el muchacho vaya a hablarle.

—¿Y cómo se arreglará esto si dices que no quieres ser visto ni conocido?

—Muy fácilmente; sin nombrarme y haciéndome pasar por asociado suyo. De este modo podré hacer algunas preguntas al joven Lorgerac. A Pastouret le harás comprender que yo me encargo de aparecer tan viejo y mugriento como él; y encontrará muy natural que yo quiera ver con mis propios ojos a la persona a quien presto mi dinero. Esta será la mejor manera de que trabaje bien; así creará todas nuestras paparruchas y en la comisión que ha de percibir, y desempeñará tanto mejor su papel cuanto que se lo tomará en serio. ¿Sigues en relaciones con él?

—Sí, le he visto varias veces.

—¿Y qué enredos comunes tenáis los dos?

—Me ha servido para ciertos asuntos en los que yo tenía necesidad de un individuo que conociera bien el código y él lo conoce al dedillo.

—De modo que no extrañará que le lleves un cliente. ¿Y dónde vive?

—Ya lo sabes, en la calle de Bucí.

—Conque ya me has entendido; mañana a primera hora...

—Corro a casa de Pastouret.

—¿Estás seguro de que le encontrarás?

—Segurísimo. Hace mucho tiempo que no duermo fuera de su casa y se está en la cama hasta las diez, hora en que abre su despacho.

—Pues vas, le explicas el negocio, le dices que quiero estar presente cuando el joven acuda a su despacho y en cuanto a los honorarios y comisiones que te pida...

—Se los prometo.

—No, primeramente se los discutes.

—Ya, para que no se figure que es una broma.

—Y luego acabas por consentir en todo lo que exija.

—¡Para lo que habrá de cobrar!.. Nada arriesgamos.

—Después le adviertes que durante dos o tres días es preciso entretener al muchacho para que yo pueda tomar sobre él y su familia los informes exactos que deseo antes de dar el dinero.

—Comprendido.

—Y ahora usted, dijo Delorme dirigiéndose a Ludovico, mañana por la mañana escribirá a ese chico...

—Más sencillo sería echar ahora la carta al correo; así la recibiría antes.

—No; hay que preverlo todo. Pastouret podría estar ausente o enfermo; así es que para enviar el billete esperará usted a que Madeleur haya hablado con él.

—Pues dicte usted.

Y Delorme dictó:

«Señor de toda mi consideración; he encontrado el individuo que usted deseaba. Es el Sr. Pastouret, agente de negocios; vive en la calle de Bucí y tiene el dinero, que le prestará al interés del comercio. Le esperaré a usted esta tarde, en su casa, de dos a cinco.

»Muy complacido de haber podido prestarle este pequeño servicio, me reitero etc.

Ludovico de Queyrel.»

—Y por hoy ya hemos trabajado bastante. Vámonos, Madeleur.

XIII.—TERRIBLE CONFESIÓN

El barón Francisco de Lorgerac abrió aquella mañana su correspondencia en la gran biblioteca del palacio de Aspremont que le servía de despacho. Cartas de banqueros, proyectos de sociedades, informes de ingenieros, papeles de negocios, siempre negocios... Rápidamente leía aquel correo cotidiano, dejando a un lado lo que le parecía más interesante para verlo luego con más calma, cuando llamó su atención una carta, que no llevaba el membrete de ninguna casa de banca y cuya letra no reconocía. Pero precisamente por la insignificancia de su aspecto hubo de preguntarse:

—¿Qué será esto?

Rompió el sobre y desde las primeras líneas frunció el entrecejo y se puso a leer con interés creciente. La carta decía así:

«Señor barón: una persona que ve con gran pena cómo su hijo de usted se compromete en una aventura lamentable, da a usted el siguiente aviso: En este momento, en casa de un agente de negocios dudosos llamado Pastouret y que tiene su despacho en la calle de Bucí, D. Enrique de Lorgerac está a punto de contratar un préstamo. Se trata de la cantidad de diez mil francos, para asegurar la cual Pastouret está redactando y le hará firmar una delegación so-

bre la fortuna de su madre que, según parece, está todavía en manos de usted.

»Como que es más que probable que en la fecha del vencimiento D. Enrique no podrá pagar al señor Pastouret, éste no vacilará en intentar contra usted, en nombre de su deudor, una acción de rendición de cuentas y en intervenir de esta suerte en los asuntos de familia que median entre usted y su hijo.

»Me apresuro a añadir que, como este préstamo no ha de quedar definitivamente contratado hasta dentro de dos días, pues hasta entonces no estarán los fondos a la disposición del prestamista, tal vez esté usted aún a tiempo de evitar la molestia de la inmixción de un extraño en sus negocios particulares, sea persuadiendo a su hijo a que no lleve adelante su proyecto, sea facilitándole usted mismo esos diez mil francos, que, al parecer, necesita para emprender un viaje a México, exigido por intereses sobre la índole de los cuales sólo D. Enrique puede dar a usted explicaciones que le causarán tanta sorpresa como legítima inquietud.»

La carta no llevaba firma. El barón, estupefacto, volvió a leer aquel papel en el que había como un acento de verdad, acompañada de una advertencia preñada de grandes amenazas.

—A México..., intereses..., una explicación que me causará tanta sorpresa como legítima inquietud...

De momento no comprendía; pero luego recordó la conversación de días pasados con su hijo; aquella conversación en la que habían hablado de México, de Río Frío, de Rolando, y en la que su hijo, con insistencia casi extravagante, insistía en aquellas cosas de otro tiempo que dormían allí lejos, con el hijo del conde Gerardo, envueltas en la niebla de diez y siete años de silencio y de olvido.

—¡A México!, murmuró el barón. ¿Será para remover el pasado, para despertar a los muertos? ¡Ah, bah! Los muertos muertos están y con ellos está sepultado el pasado. Sólo un loco puede ir a pedir a una tumba el secreto que guarda, si un loco. Pero como los locos pueden hacerse peligrosos, añadió dando a sus ojos una expresión terrible, o por lo menos molestos, hácese necesaria una ducha fría para ese imprudente que se ocupa demasiado en cosas, en las que no quiero que se ocupe sin mi permiso.

Tocó un timbre y se presentó un criado.

—¿Ha salido mi hijo?

—No, señor barón; el señorito Enrique y la señorita Genoveva cuidan en este momento de la instalación de las habitaciones que ocupa la señorita desde ayer.

—Es verdad, pensó el barón; no se habría ausentado al día siguiente del regreso de su hermana a nuestra casa.

Y con voz más dura aún que de costumbre dijo al criado:

—Dígale usted que venga inmediatamente.

Momentos después entraba Enrique.

—¿Me ha llamado usted, papá?

—Sí, y cierra la puerta, porque supongo que, como a mí, no te gustará que pueda oírse lo que vamos a hablar.

—No comprendo.

—Vas a comprender en seguida. ¿Quieres decirme quién es un tal Sr. Pastouret?

Al oír este nombre, una oleada de sangre subió al rostro de Enrique; pero su padre, sin darle tiempo de contestar, añadió:

—¿Es un usurero que te presta dinero? ¿De modo que la pensión que te doy no te parece suficiente?

—No digo esto papá.

—Pero pides un préstamo. ¿Y para qué?

Y en vista de que Enrique, estupefacto, intimidado por aquel tono seco, tardaba en contestar, prosiguió:

—Se me ha dicho que es para un viaje a México.

Enrique, que había tenido tiempo de serenarse y que en las horas graves de la vida, como lo era aquella ir dudablemente, no admitía que nadie se rebajase a decir una mentira, respondió:

—No soy yo quien tengo intención de ir a México; pero le han dicho a usted la verdad; necesito ese dinero para enviar allí una persona cuyo nombre no interesa a usted.

—Te engañas, porque me interesa mucho. ¿Quién es esa persona?

—Un exsargento de cazadores de África llamado Cesáreo Honorat.

—¿Honorat?.. ¿Es de Aspremont?

—Sí.

—¿Y para qué le envías a México?

—Para hacer unas averiguaciones.

—¿Sobre qué?

—Sobre hechos que me han sido revelados recién

temente y cuya exactitud quiero comprobar antes de hablar a usted de ellos.

—¿Y a qué se refieren esos hechos?

—A nuestro primo Rolando.

—¿Y por qué te has dirigido a ese Honorat?

—Porque conoce también esos hechos, a lo menos en parte.

—El primero a quien debías dirigirte, puesto que se trata de cosas de nuestra familia, era al jefe de ésta, a mí. ¿Por qué no lo has hecho?

—Porque temía que se hallase usted en una situación de ánimo que no le consintiera la calma que su imparcialidad y su equidad necesitan.

—¿Qué es esto? ¿Olvidas con quién hablas?

—¡Ah, padre mío!, exclamó Enrique en un hermoso arranque de valor. Perdóneme si me expreso mal, si mis palabras no corresponden a mis sentimientos, que son de deferencia y de respeto; pero ya que usted exige que le hable de estas cosas antes del momento en que yo quería hablarle de ellas, escúcheme usted, se lo ruego, con una bondad, de la que necesito, y con una paciencia que luego se alegrará de haberme otorgado, estoy seguro de ello.

—Te escucho, pues, pacientemente.

—Es usted víctima de un error, ¡oh!, de un error que cualquiera, lo mismo que usted habría tomado por verdad y que le ha hecho cometer..., no sé como decirlo..., una acción injusta.

El barón, que hasta entonces no empezaba a ver algo más distintamente adónde tendían aquellas palabras, tan respetuosas en la forma y en el fondo tan acusadoras, respondió a su hijo con voz sibilante:

—Espero que te expliques.

Enrique, firme en su convencimiento, en su certidumbre, y esperando aún convencer a aquel a quien él se obstinaba en creer tan leal y probo como él mismo, no vaciló.

—Mi explicación será breve, dijo. Sé que nuestro primo Rolando se casó en México, que dejó una viuda y una hija, que usted rechazó un día a esta desgraciada que venía a pedirle su apoyo y que al rechazarla creyó usted rechazar a una intrigante que pretendía engañarle con una descarada impostura. Pues bien, padre mío, se equivocó usted y mi mayor alegría será desengañarle, o mostrarle la verdad esplendente que a mí me ha deslumbrado, y permitirle entonces reparar noblemente... ¡Ah, padre mío! Diez y siete años hace que rechazamos a una mujer y a una niña de un hogar que era el suyo y hace tres meses que disponemos de una fortuna que no nos pertenece ni nos ha pertenecido jamás.

Y con los ojos refulgentes de altiva vergüenza, buscó en los de su padre la respuesta que no oía salir de su boca. Francisco de Lorgerac estaba lívido; hacía un momento que esperaba esta estocada directa, terrible, y estaba en guardia, y sin embargo la había recibido en mitad del pecho. Sí, los muertos hablaban, el pasado revivía disipando las nieblas de aquellos diez y siete años de silencio y de olvido; todo volvía a quedar en pie y era preciso comenzar de nuevo. Y ahora aquel contra quien había de luchar era su propio hijo... ¡Qué irrisión! Contra aquel hijo era necesario defender lo que aquel hijo habría de poseer un día. En el mundo no había más que un ser con quien pudiese contar en absoluto, un ser cuyo interés fuese tan idéntico al suyo que, al primer peligro, ese interés común hubiera de trocarse inmediatamente en alianza, y, a la primera sospecha, en complidad. ¡Y aquel ser se convertía en adversario e iba a librar contra él una batalla escandalosa y llena de incertidumbres y de peligros!

La lucha, empero, nunca había asustado al barón de Lorgerac, que se había pasado la vida librando combates, ganándolos unas veces, y perdiéndolos otras, pero siempre fríamente, sin que amigos ni enemigos sospechasen las tempestades que rugían detrás de aquella frente impasible. Pues bien, se batiría una vez más, y esta vez contra su hijo.

Y abriendo al fin los labios, de los que parecía haberse retirado toda la sangre contestó a Enrique:

—Hay un grado en que la sensiblería, mi querido Enrique, toma el nombre de tontería. Es inútil que envíes a nadie a México, gastando neciamente mucho dinero; todo lo que quieres saber te lo diré yo y de balde. Créala, añadió con voz seca y dura, que estábamos desembarazados de la señorita que un día vino a contarnos una fábula tan absurda y ridícula, que tu tío me ordenó, y yo cumplí su orden, que echase a la calle a la intrigante que trataba de explotarnos y a la que en pocas palabras hice ver los inconvenientes que para ella podía tener la actitud que había adoptado. Estaba yo convencido de que aquella mujer se había dado por enterada; parece, sin embargo, que después de diez y siete años de un silencio que me permitirás calificar de singularmente significativo, vuelve a la carga sin duda por-

que ahora que el padre de Rolando ha muerto puede afirmar que no la dejó acercarse a él.

—No afirma nada de esto, se lo aseguro a usted.

—¿Cómo, la conoces?

—Sí, la conozco.

—De modo que esa intrigante se ha valido de ti para reanudar cerca del hijo la farsa que le fracasó con el padre. Se ve que es terca la mujer.

—Padre mío, por usted más que por ella no diga, se lo ruego, lo que después sentirá haber siquiera pensado. Durante esos diez y siete años la vida de esa pobre señora ha sido una existencia de trabajo, de silencio, de aislamiento...

—Eso es lo que las criaturas como ella cuentan a los crédidos como tú.

—Esto podrá usted verlo cuando quiera como lo he visto yo. No hay vida más digna que la de una madre que se consagra exclusivamente a su hija para hacer de ella una joven sin tacha.

—Y que la manda a lloriquear delante del muchacho a quien se trata de engatusar. ¡Magnífico! Cuando la madre no tiene ya atractivos para conmoverte, ahí está la hija para continuar el papel como consumada artista, porque supongo que no serás tú el primero...

—Padre mío, la calumnia usted y no tiene usted derecho a hablar así de una joven a quien no conoce, a quien no ha visto jamás.

—¡Vaya si la conozco! Una intrigante, una perdida como su madre.

—Lo que usted dice es indigno, sí indigno de usted...

Su padre le interrumpió con estas palabras que le hicieron el efecto de otros tantos latigazos:

—¡Mire usted el zamacuco que se proclama el caballero andante defensor de una pícaro que se burla de él como su digna madre se burlaba de mí y que insulta a su padre por el honor de la señorita Casteras!

—Llámela usted con su verdadero nombre, que bien sabe usted que no es ése.

—¿De veras!

—Esa señorita a quien usted arrastra por el lodo sin percatarse de que es usted el primero en salpicarse, es la señorita Rolanda de Aspremont, la hija de su primo hermano de usted...

—Y para completar tu obra vas a decir que la amas.

—Sí, la amo porque es digna de mi amor.

—Lo que busca es tu fortuna.

—Derecho tiene, en efecto, a la fortuna que usted injustamente detenta, y si usted tiene en cuenta que esa fortuna ha venido a ser una parte de la que yo tendré un día, ¡con qué placer la veré disminuir para devolverla Rolanda de Aspremont, a mi querida Rolanda, lo que no me pertenece!

—¡Disminuir!, exclamó el barón que iba montando ya en cólera. ¡Disminuir!.. Emplea una palabra más exacta... No digas disminuir, sino reducirse a la nada.

Y avanzando un poco hacia su hijo, mirándole fijamente y con los dientes apretados, añadió:

—Reducirse a la nada, ¿lo has oído bien? ¡Ah! Tú eres como todos, me crees rico; supones que soy un maniático del dinero preocupado sólo en amontonar millones para aumentar lo que heredé de mi padre, de tu madre, de mi tío... Pues bien, la verdad es que desde hace veinte años me agito en plena vorágine, que he perdido pie, que lucho al azar, expuesto cada día a encontrar el abismo adonde seré arrastrado definitivamente y en donde me ahogaré... ¡Ahogado! Diez veces, cien veces he estado a punto de ello. Hundíame ya hace diez y siete años cuando murió Rolando, en el momento oportuno para realzar mi crédito, el crédito del que, por aquella muerte, pasaba a ser heredero del conde de Aspremont... Habría sucumbido después, si no hubiese también comprometido la herencia de nuestro tío en una batalla desesperada... Y estaría perdido si mañana hubiese de desprenderme de la fortuna que locamente dices que no me pertenece.

—¡Dios mío!, exclamó Enrique con espanto.

—¿Te asusta? Pues aun hay más. Esa restitución me sería imposible efectuarla, porque, aun haciendo dinero de todo cuanto poseo, no realizaría lo suficiente para que mi activo representase lo que tu tío ha dejado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Es desesperante, ¿verdad? Pues todavía no es esto todo. El día en que se supiese que yo me veía reducido a tales extremos, sería también el del derrumbamiento del andamiaje que levanto desde hace veinte años, para consolidar no mi fortuna, que ya no existe, sino la fachada que hace creer en ella. Aquel día, veríame en la imposibilidad de cumplir mis compromisos y ello sería más que mi ruina, sería, con la pérdida de mi crédito, mi deshonra, mi quiebra, mi caída ante los tribunales correccionales.

—No, no le creo a usted; usted no ha hecho nada penable.

—¡Qué sabes tú!, replicó el barón soltando una carcajada que era también un grito de rabia. En ese oficio de presidiario que ejerzo hace veinte años y que vosotros suponéis que ejerzo por gusto cuando lo hago forzado como el condenado que ha de dar vueltas a la rueda que le aplastará si se para, en ese oficio, he pasado por encima de la ley cuando la ley me estorbaba... Mi quiebra sería una quiebra fraudulenta. Tal es mi situación; ahora que la conoces, obra si te atreves; deshónrate y deshónra a tu hermana deshonorando a tu padre, por una bribona que pronto sabrá quién soy. Porque en Francia hay aún policía y yo sé lo que tengo que hacer para que se ponga en movimiento.

XIV.—LOS DOS HERMANOS

Dichas estas palabras, que envolvían una última amenaza, el barón salió violentamente de la biblioteca. Y Enrique le oyó pedir en la antesala, con voz temblorosa por la irritación, su sombrero y sus guantes y luego salir a la calle.

¿Adónde iba? ¿A qué extremos iba a entregarse aquel hombre arrebatado por una cólera ciega y acaso también por un miedo loco? ¿Qué nueva desgracia, qué nueva mala acción había que temer? Esto se preguntaba desesperadamente Enrique al quedarse solo en aquella vasta biblioteca en donde procuraba, aunque en vano, serenarse y poner en orden su razón, su corazón y su conciencia.

Un pensamiento atroz dominaba aquel desorden, aquel tumulto de ideas y sentimientos.

—¡El deshonor de un padre, de mi hermana, el mío!

Porque el desdichado habíase hecho perfectamente cargo de la situación, y puesto ahora en una espantosa alternativa, preguntábase dónde estaba el deber y dónde el crimen.

Aquellas pobres mujeres que le esperaban en la avenida de los Ternos... La madre confiada en su probidad..., la hija, aquella adorada pureza, confiada en su amor... ¡Ah! Si alguna vez había podido dudar de la justicia de su causa, ahora no dudaba; la bondad de sus derechos había sido proclamada por la cólera, por las amenazas, por los terrores de aquel que las arrastraba por el lodo sólo para conservar sus despojos. Sí, la verdad fulgurante había estallado anonadándole; y ahora él no se atrevía, no podía proclamarla porque revelándola revelaba a todo el mundo lo que él habría querido ocultarse a sí mismo, no sólo la acción infame cometida por su padre sino también el desorden terrible de sus negocios.

Y era él quien empujaba al desgraciado hacia el precipicio, quien deshonoraba a todos, no solamente a su padre y a él mismo, sino además a la pobre Genoveva a quien tanto amaba. ¡Hijo e hija de un arruinado por quiebra fraudulenta! Esto serían él y su hermana el día en que se hubiese hecho justicia a la viuda y a la hija de Rolando de Aspremont.

Su padre había dicho: «¡Arruinados!» ¡Pero qué poco le importaba esto a él y qué poco le importaría a Genoveva, cuyo corazón y cuyo valor conocía! La ruina no es nada cuando se tienen una cabeza y unos brazos para hacer todo lo que hacen los animosos y viriles: trabajar. El oprobio, en cambio, hace bajar la frente; y Enrique, atormentado por la angustia, añadía:

—¡El oprobio merecido!

Y alocado, sin saber qué hacer salió de aquella biblioteca, de aquel lugar maldito en donde acababa de sufrir el más cruel dolor y la más mortal vergüenza de su vida; en donde había tenido que constituirse, en el tribunal de su conciencia, en acusador, en juez de su padre; en donde había tenido que condenar a éste; y en donde ahora retrocedía espantado ante su impiedad filial, ante la inocencia de su hermana y sobre todo ante la indignidad que iba a cometer si daba un paso más en el camino que había emprendido. Porque, ¿no es una indignidad, la más vergonzosa y traidora de todas, la que comete el hombre que, por un acto de su pura voluntad consuma la deshonra de todos los de su familia y de su nombre?

—¡Ah!, exclamó cuando salía de aquella estancia abominable. Sólo Genoveva puede ayudarme.

Y como un borracho, tropezando en cada escalón, había subido la escalera monumental que conducía al segundo piso del palacio; habíase precipitado en la habitación de la que la víspera tomara posesión su hermana, y arrojándose al cuello de la que había de compartir con él aquella humillación atroz, aquel derrumbamiento, se lo había confiado todo, entre sollozos.

(Se continuará.)

BARCELONA

CABALGATA DEL CENTRO REGIONAL VALENCIANO

Con objeto de recaudar fondos para socorrer a las víctimas del incendio del cinematógrafo de Villa-

vos entre los concurrentes a la fiesta taurina. Por la noche recorrieron varios cinematógrafos.

La noble iniciativa del Centro Regional Valenciano se ha visto secundada por la proverbial filantropía barcelonesa, habiéndose recaudado una can-

VALENCIA.—EL CENTENARIO DE ROMEU

Valencia ha conmemorado con varios actos solemnes el centenario de la muerte del guerrillero saguntino Romeu, que fué uno de los que con más



Barcelona.—Cabalgata organizada por el Centro Regional Valenciano
Carroza que representaba el Micalet de Valencia



Barcelona.—Cabalgata organizada por el Centro Regional Valenciano
Carroza que representaba una barraca de la huerta de Valencia

real, el Centro Regional Valenciano establecido en esta ciudad organizó una cabalgata artística que recorrió las principales vías de Barcelona el día 23 del pasado junio.

Abrieron la cabalgata, que salió del Parque, varios batidores de la guardia municipal con un pendón negro en el que se leía el objeto de la cuestión; seguían varios ciclistas que llevaban jersey blanco con el escudo de Valencia bordado en seda y las bicicletas adornadas con flores, cuatro grupos de *llauradors*, campesinos de la huerta valenciana, vestidos con sus típicos trajes y montados por parejas en caballos ricamente enjaezados. A continuación iban dos artísticas carrozas en las que se veían perfectamente reproducidos el célebre campanario el Micalet de Valencia y una barraca de la huerta.

Cerraban la comitiva algunos landós en los cuales iban los individuos de la Junta del Centro Regional Valenciano, otras distinguidas personas de la colonia valenciana de esta capital y las tiple valencianas Pura Montoro Angelita Villar y señorita Vidal, y la tiple Teresita Idel, que, aunque no es valenciana, se adhirió con entusiasmo al proyecto de la cuestión.

Las bandas municipal y de veteranos formaban también parte de la comitiva, cuyo paso por las calles fué presenciado por numeroso público que aplaudió las carrozas y las parejas de *llauradors*.

Por la tarde, los postulantes del Centro Regional Valenciano entraron en la nueva Plaza de Toros, en donde se efectuaba la corrida organizada por el Círculo Madrileño, apareciendo en el redondel durante el descanso del tercero al cuarto toro y recogiendo numerosos donati-



Barcelona.—Cabalgata organizada por el Centro Regional Valenciano
Parejas de «llauradors» de la huerta de Valencia. (Fotografías de nuestro reportero Merletti.)

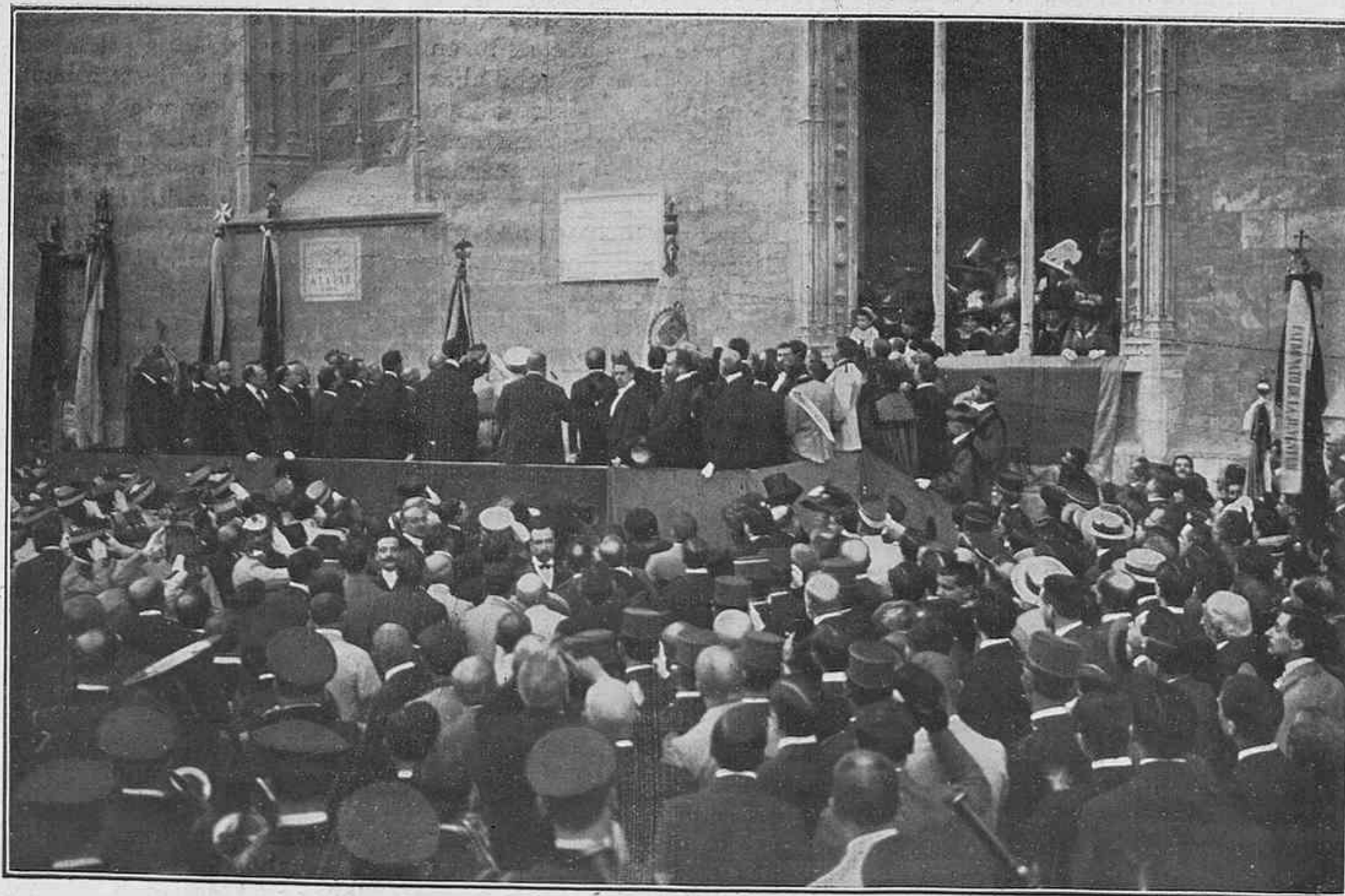
vidad importante que contribuirá al alivio de los desvalidos de Villarreal.

guardia municipal montada en traje de gala y una banda de clarines del regimiento de artillería. Seguían los niños de varios asilos y los gremios con sus banderas, comisiones y representaciones de las sociedades y círculos políticos, órdenes religiosas, cleros parroquiales, representantes de la prensa, la junta directiva de «Lo Rat Penat», los descendientes de Romeu y una comisión del ayuntamiento de Sagunto.

Para esta solemnidad sacóse el pendón de las proclamaciones, que era llevado por los síndicos del Ayuntamiento de Valencia.

Presidían la comitiva los gobernadores militar y civil, el alcalde, el rector de la Universidad y el presidente de la Diputación.

En el acto de descubrir la lápida pronunciaron elocuentes discursos el presidente de «Lo Rat Penat» y el alcalde.—T.



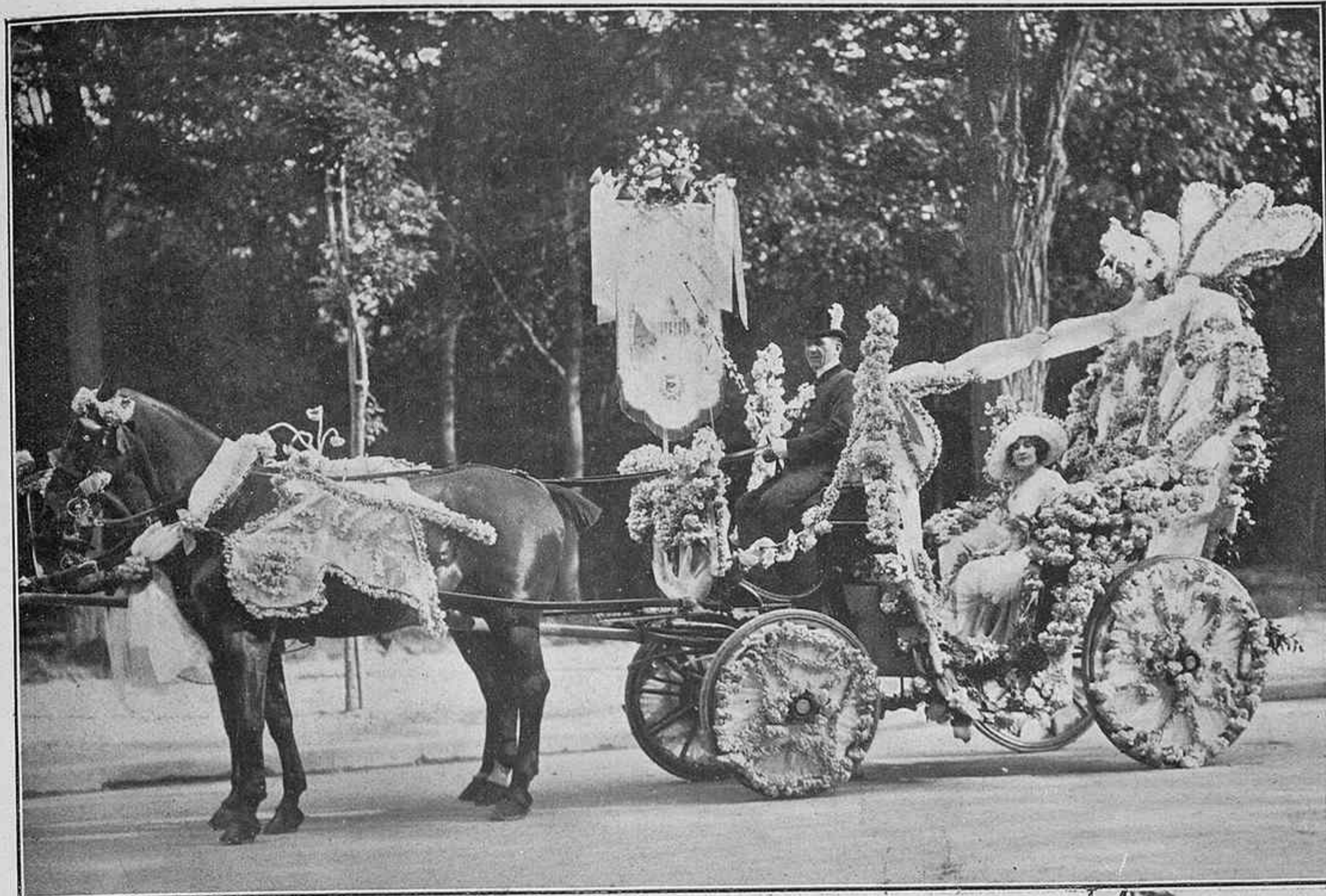
Valencia.—Fiestas del centenario de la muerte del guerrillero Romeu, ahorcado por los franceses
Momento de descubrir la lápida conmemorativa que se ha colocado en el edificio de la Lonja. (Fot. de Barberá Masip.)

PARÍS.—LA FIESTA DE LAS FLORES. (Fotografías de M. Rol.)

En la avenida de Longchamp del Bosque de Bona celebróse en los días 21 y 22 del pasado junio encima de la gavilla, dos *chanteclers*, de roja cabeza, erguidos sobre sus espolones, y debajo de la bó-

El segundo día, el Jurado procedió a la distribución de los premios, tarea nada fácil, sobre todo para los primeros, por ser muchos los vehículos que en realidad eran dignos de ellos.

El gran premio de la Asociación de los secretarios de teatros, consistente en una preciosa escultura, *Improvisación*, de Charpentier, fué adjudicado, *ex aequo*, al monoplano de las señoritas Arlette Dorgere y Gaby Madrid y a la victoria de la señorita Gaby Marty. Las dos primeras recibieron el objeto de arte y a la tercera se le concedió la gran medalla de oro. Los demás premios se otorgaron: el gran premio de honor a la gavilla de la señorita Irven; y las medallas de oro y de *vermeil* a las señoritas Perriat y Celia Valys, Ivona Ima, Margarita Alibert, Lelia, Siva y Caprioli.



Carruaje de la señorita Gaby Marty, artista del Vaudeville, que compartió el gran premio de la Asociación de los secretarios de teatro con las señoritas Arlette Dorgere y Gaby Madrid.

la tradicional Fiesta de las Flores a beneficio de la Caja de las Víctimas del Deber. La intervención de los secretarios de los teatros y conciertos parisenses que han obtenido el concurso de algunas de las más encantadoras artistas ha rejuvenecido, por decirlo así, este año el programa un tanto anticuado de esta fiesta, prestándole nuevos atractivos.

Un tiempo espléndido favoreció la batalla de flores y el concurso de carruajes adornados, y el numeroso y distinguido público que llenaba la hermosa avenida no cesó de admirar el magnífico espectáculo de aquellos coches, engalanados tan lujosa y artísticamente, y de las mujeres que los ocupaban, y cuya belleza realzaban las más elegantes *toilettes*.

Entre los vehículos que más llamaron la atención mencionaremos los siguientes:

La victoria de la señorita Gaby Marty, artista del Vaudeville: hortensias azules y lazos de gasa del mismo color; sobre cada caballo, una libélula azul también y en la trasera del coche una colosal mariposa.

El monoplano, de las señoritas Arlette Dorgere y Gaby Madrid, artistas del teatro de Varietés, que iban de pie sobre las dos alas de rosas y de gasa blanca del aparato, como cerniéndose sobre una deliciosa alfombra de flores.

La gavilla, de la señorita Marcela Irven, del teatro de Varietés: un adorable montón de pajas doradas, de amapolas, de centaureas y de agavanzos;

veda que aquella formaba, la gentil artista, exquisitamente ataviada.

La cesta de iris y rosas, de la señorita Descadeillas y de la señora Beroul-Dupart, rubia ésta y morena aquella y ambas guapísimas.

La victoria de M. W. B. Scott, adornada con hortensias y alrededor de la cual revoloteaban palomas e ibis rosados.

También fueron muy aplaudidos los carruajes de las señoritas Margarita Alibert, del teatro de Capucines; Juana Clairville, de la Cigale; Mealy, de Varietés; Marcela Rouvier, de la Opera; Lelia, de Capucines; Roselys, de Varietés; Perriat y Celia Valys, de la Cigale; Ivona Ima, del teatro de Ambassadeurs; y Emiliana de Alençon, de la Scala.

El desfile fué verdaderamente magnífico; era tal el número de carruajes adornados, que ocupaban en toda su extensión la larga avenida.



Aeroplano de las señoritas Arlette Dorgere y Gaby Madrid, artistas del teatro de Varietés, que compartió el gran premio de la Asociación de los secretarios de teatro con la Srta. G Marty.

También fueron premiados los carruajes de las señoritas Rita Amlet, Gina Recamé, L. de Vries, Thevenet, Luisa Balthy, A. Brissón, Colette y Robert.

PÍDASE

PROSPECTO J. A.

ZEITZ

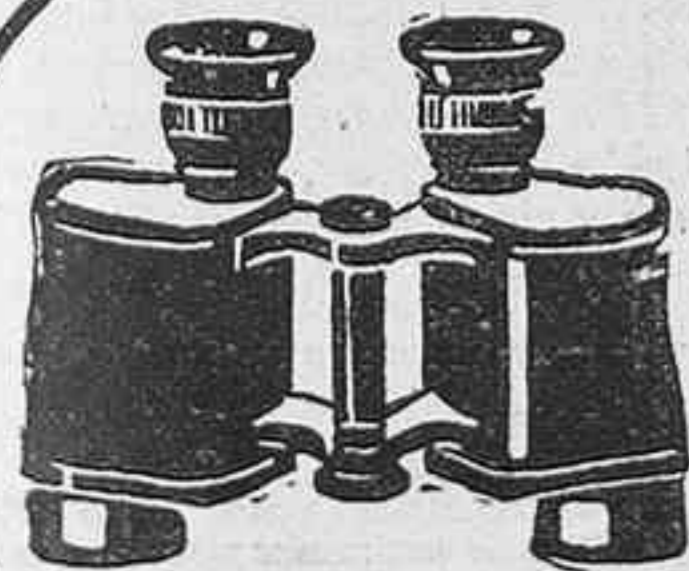
GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA

EJÉRCITO Y MARINA,
VIAJE Y SPORT,
TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN DIRECTAMENTE POR

E. Leitz TALLERES DE ÓPTICA
Wetzlar (Alemania)



FÁBULAS DE LA-FONTAINE

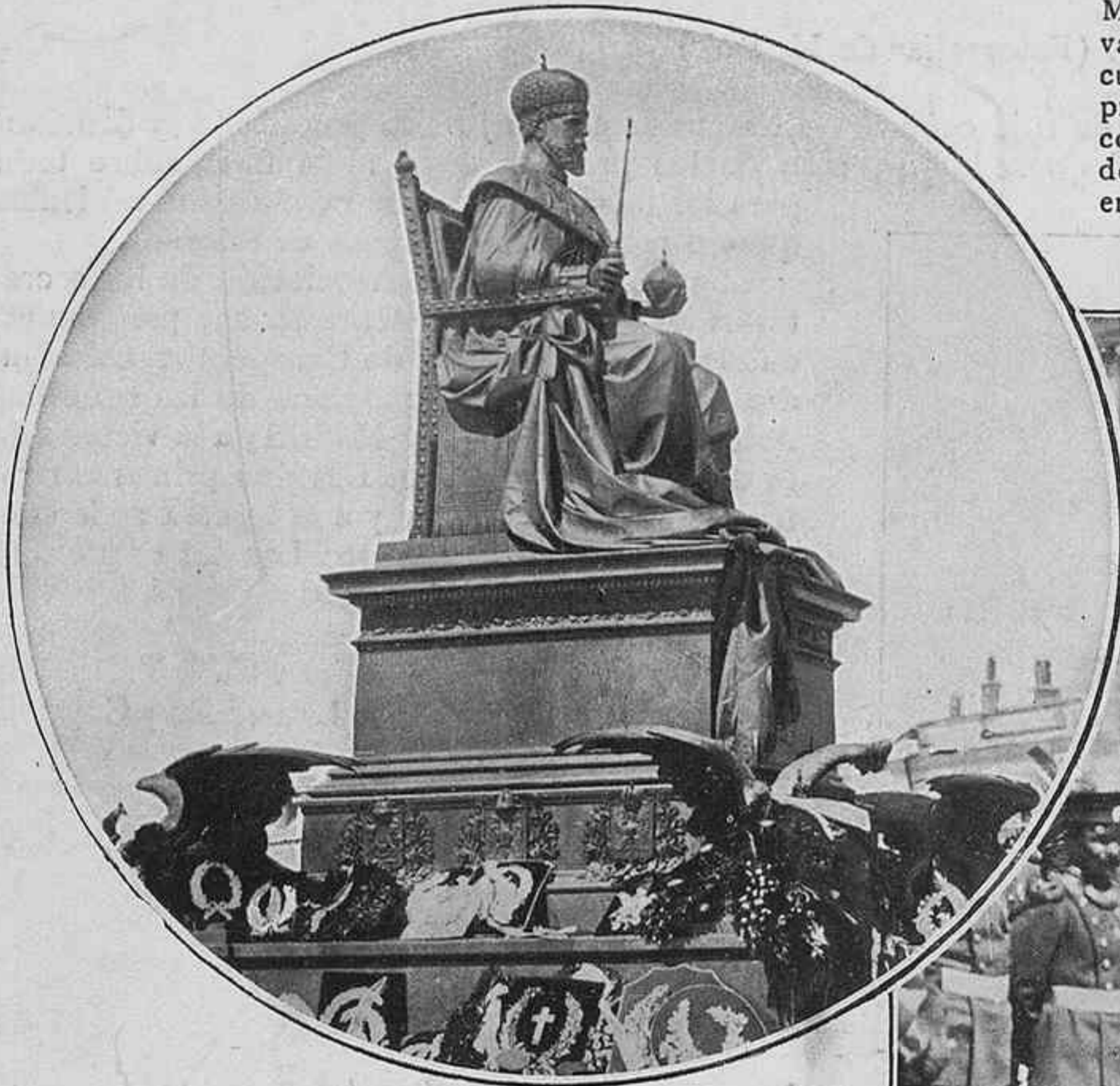
Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.



Moscú — Inauguración del monumento erigido a la memoria del tsar Alejandro III. Vista del monumento.

Después de nueve años de no haber visitado Moscú, el día 10 de junio último llegaron a aquella capital el tsar y la tsarina de Rusia, acompañados de sus hijos y de la emperatriz madre.

En la estación los recibieron los grandes duques, las grandes duquesas, los altos funcionarios y los representantes de la nobleza, y desde allí se dirigieron al Kremlin. La ciudad estaba hermosamente engalanada y una multitud enorme llenaba las calles por donde pasó la imperial comitiva y aclamó con entusiasmo delirante a los soberanos.

El viaje de éstos a Moscú ha sido motivado por la inauguración del monumento allí erigido a la memoria del tsar Alejandro III, padre y antecesor del actual, inauguración que se celebró con gran pompa y solemnidad el día 11.

Para asistir a aquel acto habían acudido a Moscú delegaciones de todas las regiones del vasto imperio; esto y el hecho de haber concurrido a él toda la familia imperial y su corte prestó a la ceremonia una grandiosidad sólo comparable con las fiestas de la coronación del actual emperador, que se efectuó también en la mencionada capital.

El monumento a Alejandro III ha sido le-

que, en su tiempo, estuvo gravemente comprometida en varias ocasiones y que él supo conservar gracias a su talento político y a su habilidad diplomática.

Para la realización de su proyecto nombró un comité cuya presidencia fué confiada primero al gran duque Sergio y después al hijo de éste, el gran duque Miguel Alexandrovitch.

El monumento quedó terminado en 1906, pero Nicolás II, quiso esperar a que Rusia, durante tanto tiempo quebrantada por la guerra con el Japón y trastornada por agitaciones



Delegación de asiáticos de Bujara, en sus trajes orientales, que asistieron a la inauguración y depositaron coronas al pie del monumento. (De fotografías de Carlos Trampus.)

vantado por iniciativa de Nicolás II, quien a la muerte de su padre quiso honrar de una manera digna la obra del soberano que con razón mereció los dictados de *Verídico y Pacífico*, porque amó y buscó constantemente la verdad y puso toda su poderosa influencia en pro del mantenimiento de la paz,

interiores, hubiese recobrado su equilibrio y su tranquilidad.

Al fin los deseos de Nicolás II de honrar dignamente la memoria de su augusto padre han podido verse realizados y a su obra de amor y veneración filiales se ha asociado todo el pueblo ruso, convirtiéndola en obra verdaderamente nacional.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

FILOSOFÍA POPULAR, por José Joaquín Rodríguez de Bastos. — Es una obra en extremo original donde se hallan reunidos en forma de diccionario multitud de máximas, refranes y proverbios, unos originales del autor, el ilustre escritor portugués, y otros entresacados de los principales pensadores así antiguos como modernos. La lectura de este libro, castizamente traducido, es tan amena como provechosa. Un tomo de 380 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en tela inglesa.

LA CUESTIÓN SOCIAL, por D. Marcelino Graell. — Se ha publicado en un folleto la notabilísima conferencia que el día 7 de diciembre de 1911 dió en el Fomento del Trabajo Nacio-

nal el distinguido economista D. Marcelino Graell, quien con gran conocimiento del asunto disertó sobre la llamada cuestión social estudiándola en todos sus aspectos y consecuencias, examinando los importantes problemas con ella relacionados y señalando los medios de resolverlos. Un folleto de 68 páginas impreso en Barcelona por Bayer Hermanos y C.^a

MANUAL DEL MECÁNICO, por Ezio Gierli, traducción de la 6.^a edición italiana por los doctores E. Fontseré y J. Estrella. — En forma de tablas, de sencillas fórmulas, de problemas resueltos, de concisas explicaciones, se hallan compendiados en este libro el cálculo aritmético, la geometría, las nociones más útiles de física, el laboreo de maderas y metales, los datos más recientes acerca de los lubricantes, los barnices, másticos y explosivos, un resumen de la legislación internacional sobre patentes, la mecánica industrial y la hidráulica, el estudio de los gases y vapores, datos prácticos sobre los combus-

tibles, el tratado de las máquinas y calderas de vapor, motores de gas, electricidad industrial, en suma todo cuanto pueda ser de utilidad para obreros mecánicos, jefes de taller, montadores, electricistas, metalúrgicos, etc. Un tomo de 560 páginas, con 373 grabados, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 7 pesetas en rústica y 8 encuadernado en tela.

HIGIENE DEL AGUA, por el Dr. José Eleizegui. — Obra de vulgarización científica en la que se hace una recopilación de cuanto la higiene moderna enseña acerca de las medidas que deben adoptarse para purificar las aguas y ponerlas en condiciones de verdadera salubridad. Contiene cuatro cuestiones: concepto del agua; cómo y con qué se contamina; cómo y por qué medios se obtiene su pureza; y el agua, agente de salud. Un tomo de 156 páginas, con varios grabados, publicado en Madrid por P. Orriery; precio, 1,50 pesetas en rústica y 2 encuadernado.

HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBIANA

Escrita por D. FRANCISCO PI y MARGALL

Esta magnífica edición, ilustrada con cromolitografías y grabados que representan monumentos, vistas, retratos, ídolos, antigüedades de toda clase, etc., etc., se vende encuadernada en dos tomos de unas 1.000 páginas cada uno al precio de **85 pesetas**, pagadas á plazos.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas, las voces antiguas, los Neologismos, las Etimologías, los términos de ciencias, artes y oficios, las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada. — Obra reconocida por el ministro de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario más completo de los publicados hasta hoy, según puede verse por la carta por él dirigida á nuestro representante en París. — Monsieur: Vous avez bien voulu m'adresser les quatre volumes du nouveau Dictionnaire Française-Espagnol et Espagnol-Française de M. Fernández Cuesta, que viennent d'être à Barcelonne MM. Montaner et Simón. Je vous en remercie bien sincèrement; et c'est assurément le Dictionnaire de langue espagnole le plus complet qui ait paru jusqu'à ce jour, et je ne doute pas qu'il ne rende les plus grands services. — Agréez, Monsieur, l'assurance de mes sentiments les plus distingués. — Le Ministre de l'Instruction publique et des Beaux Arts, LOCKROY. — Cuatro tomos encuadernados, cincuenta y cinco pesetas, pagadas en varios plazos.

PATE EPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 onzas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el PILIVORE DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN